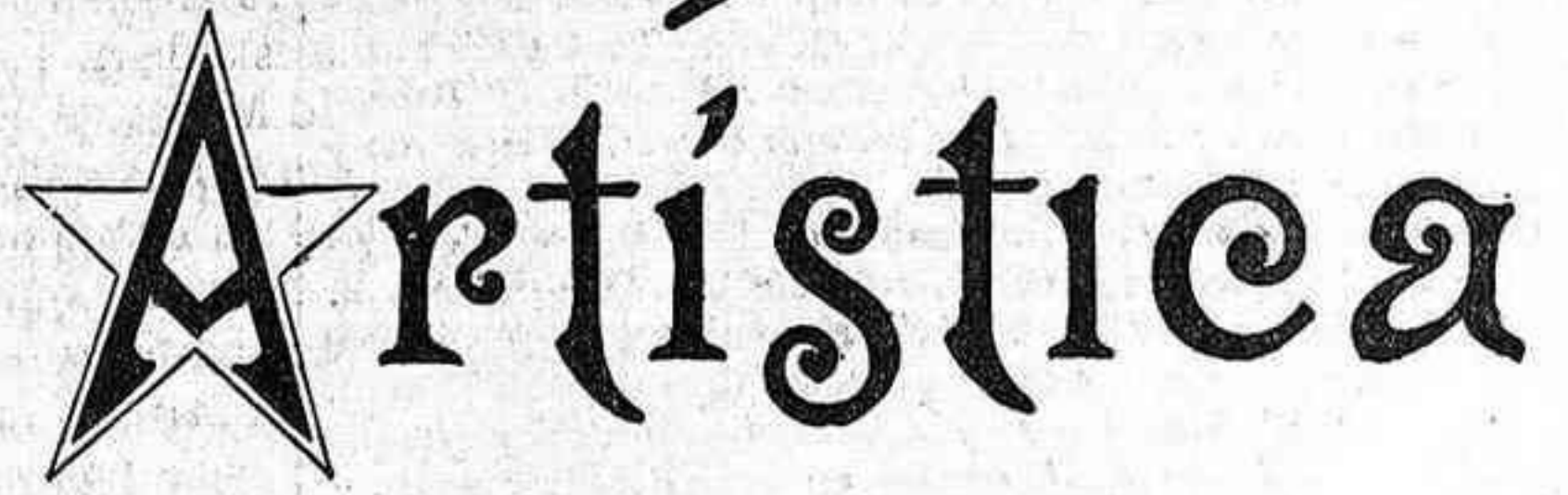


La Ilustración Artística



Año XXI

← BARCELONA 15 DE DICIEMBRE DE 1902 →

Núm. 1.094



EL FAVORITO, cuadro de Max Levis

SUMARIO

Texto. - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. - *La ultrapatiana*, por Antonio de Valbuena. - *Cuadros de Domingo Morelli adquiridos para la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma*, por S. - *La boda de Amelia*, por Ramiro Leza y Agust. - *María D'Arneiro, Delfin Menotti, artistas del Gran Teatro del Liceo*, por Ll. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *Perico Darclain*, por Ludana. - *República Argentina. Buenos Aires. Palacio Arabe. Casa de baños de los doctores Carrera, Leiguarda y Carrasco*, por Justo Solsona.

Grabados. - *El favorito*, cuadro de Max Levis. - Dibujos de Azpiazu que ilustran el artículo titulado *La ultrapatiana.* - *Laveina Juana II.* - *La Sulamita y el pastor.* - *La Virgen á orillas del lago*, cuadros y acuarela de Domingo Morelli. - *María D'Arneiro.* - *Delfin Menotti.* - *El valle de Josafat el día del Juicio final*, cuadro de José Benlliure y Gil. - *Bjoernstjerne-Bjoernson.* - *La casa en donde nació Bjoernstjerne-Bjoernson en Kvikend.* - *D. Antonio Menéndez.* - *Palacio Arabe. Casa de baños en Buenos Aires. Fachada, vestíbulo del primer piso, una sala de baño turco-rumano, salón contiguo al de las duchas y piscina de natación para señoras.* - *Damas y chulas*, cuadro de Ignacio Zuloaga.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La paz en América. - *Chile y Argentina:* cordialidad de relaciones: arbitraje del rey de Inglaterra. - *Bolivia y Brasil:* la cuestión de Acre. - *Venezuela:* campaña de Castro: sus propósitos: reclamaciones de súbditos europeos: aplicación de la doctrina de Monroe. - *Colombia:* fin de la guerra: los yanquis y el canal de Panamá. - *República Dominicana:* revolución. - *América Central:* el Tribunal de arbitraje obligatorio: la asociación de la Prensa. - Política internacional suramericana. - *Chile y Colombia:* alianza. - Las lenguas hispano-americanas.

Temeroso ha sido en América el año que con este mes acaba. Aprestos bélicos por mar y tierra en la Argentina y Chile, contiendas en el Acre y peligro de ruptura entre Bolivia y Brasil, guerras civiles en Venezuela y Colombia y revoluciones en Santo Domingo.

Con mejores auspicios parece que va á empezar el 1.903.

Las dos repúblicas del extremo meridional de América, que tan á punto estuvieron de venir á las manos, prodíganse ahora manifestaciones de simpatía y amistad, y entre chilenos y argentinos se cruzan cariñosos mensajes de felicitación. «De una y otra parte de los Andes concluyeron los gritos odiosos de guerra, y sobre las soberbias cumbres se extiende la hermosa rama de olivo, y en el horizonte purpúreo reaparecen los recuerdos históricos de la independencia; se conmueve el continente latinoamericano, mientras la historia lo empuja vigorosamente para conseguir sus destinos y sus glorias, destinos y glorias de virtud civil.» Así decía la Cámara sindical de la Bolsa de Santiago en la salutación que dirigió á la de Buenos Aires.

Se anuncia que el soberano de Inglaterra, árbitro en las diferencias pendientes entre ambos Estados, ha dictado ya fallo sobre la famosa cuestión del límite en la zona andina, y lo ha hecho en términos tales, que hay esperanza de que la sentencia satisfaga á las dos partes.

El Brasil no pone resuelto empeño, como se temió, en amparar á los aventureros del Acre, y dícese que acepta el contrato de arrendamiento de ese territorio con las modificaciones que luego introdujo Bolivia, de acuerdo con el Sindicato anglo-americano. Mas conviene tener en cuenta que, desde mediados de noviembre, hay en los Estados Unidos del Brasil nuevo presidente y nuevo gobierno, y tal vez las cosas pudieran tomar distinto rumbo.

Ha triunfado Castro en Venezuela, si bien, á juzgar por ciertas informaciones, sobre todo las procedentes de Londres y Nueva York, aún no hay motivo para dar por definitivamente perdida la causa de Matos. La revolución llegó á presentarse imponente, y hubo momentos en que pareció que sus ejércitos, ó mejor sus masas de hombres, iban á acorrallar y destruir las tropas del presidente. Pero durante meses, éste, moviéndose entre Caracas y Valencia, consiguió dificultar las operaciones de sus enemigos, y cuando se le creía ya desalentado y en retirada hacia Los Teques, cayó sobre aquéllos y los derrotó. Los partidarios de Castro hacen grandes elogios de las aptitudes excepcionales que, como general, ha demostrado en esta campaña, aprovechando siempre, con oportunidad é inteligencia, los desaciertos del enemigo.

El gobierno venezolano ha vuelto á establecerse

en Caracas, y se atribuye á Castro el decidido propósito de restaurar en breve plazo la normalidad, tomando cuantas medidas sean necesarias para remediar los daños causados á la riqueza pública por la desastrosa y larga guerra que ha sufrido el país.

En esa guerra Inglaterra ha tenido cierta indirecta participación por el apoyo que las autoridades de la isla de la Trinidad venían dando á los partidarios de Matos. A las reclamaciones de Castro contesta Inglaterra reconvinendo, y pide indemnización por los daños que han sufrido los súbditos ingleses. Sábese que, por regla general, estos súbditos europeos y yanquis residentes en la América española que reclaman en tales casos daños y perjuicios, suelen ser valedores ó cómplices de los revolucionarios, y luego pretenden, amparados por sus respectivos gobiernos, que el vencedor les pague el servicio que prestaron al vencido. También alemanes y yanquis se llaman á la parte y tratan de renovar antiguas pretensiones.

Ahora, pues, tiene ocasión Castro de hacer el juego que conviene con la socorrida doctrina de Monroe. En estas cosas de América no pueden ir juntos europeos y yanquis, so pena de contrariar la tal doctrina. Los Estados Unidos del Norte, los monroístas por excelencia, no deben tolerar que potencias europeas se impongan á Estados americanos; por consiguiente, contra Eduardo y Guillermo tienen que ir de acuerdo los Castros y Roosevelt. Pero las circunstancias pueden llegar á ser tales, que á los buenos políticos hispano-americanos les convenga hacer caso omiso de la farsa monroísta, y entre dos ingerencias peligrosas, aceptar ó pedir la que menos lo sea.

En Colombia también se restablece la paz. Han cesado las hostilidades en el istmo de Panamá y se concederá amplia amnistía á los liberales. Se confirma el propósito de reunir una magna asamblea con delegados ó representantes de ambos partidos, en igual número, para acordar la forma definitiva de gobierno.

Los Estados Unidos del Norte, no por humanidad ni por *americanismo*, sino por el propio interés, á última hora han puesto de su parte cuanto pudieron para llegar á esta avenencia. Surgían de día en día mayores dificultades para convenir en ciertas cláusulas del tratado relativo al canal de Panamá, y el gobierno yanqui, que no lleva sus audacias, y hace bien, hasta romper abiertamente con los pueblos americanos, comprendió que necesitaba una situación normal y tranquila en Colombia para obtener la cesión en condiciones que pudieran merecer respeto y ofreciesen garantía para lo porvenir. Ahora los colombianos sabrán defender sus derechos é intereses, y si los yanquis se muestran intransigentes, lo mismo el actual gobierno de Colombia que cualquiera otro que pueda sucederle pondrán á los Estados Unidos del Norte en el trance de apelar á la fuerza ó de volver á entusiasmarse con el trazado del canal por Nicaragua.

La República Dominicana es menos afortunada que su hermana del Continente. Hace ya algún tiempo que se inició otro movimiento revolucionario, acudido por Deschamps y, según las últimas noticias, cabe presumir que llegará el nuevo año sin haberse restablecido la paz.

En la América Central sigue en auge la tendencia unitaria representada por los Convenios de arbitraje y los Congresos centro-americanos.

En cumplimiento de lo pactado en Corinto, el Tribunal de arbitraje obligatorio debía reunirse, el primer año, en la capital de Costa Rica, y, en efecto, con fecha 2 de octubre, el Ministro de Relaciones exteriores de aquella República comunicaba á los de Nicaragua, Honduras y El Salvador la buena nueva de haberse instalado el Tribunal en el Salón del Congreso. La ceremonia fué solemne; la presidió el primer magistrado de la República, acompañado de los Secretarios de Estado, y concurrieron también, por invitación especial, el Presidente del Congreso, la Corte Suprema de Justicia, el Gobernador de la diócesis y los Cuerpos diplomático y consular. «Ningún motivo más justificado - decía en la comunicación, - más simpático y honroso como el presente, para enviar á los pueblos en tan augusto Tribunal representados, en nombre del derecho, de la paz y de la fraternidad, las más cordiales y entusiastas congratulaciones por el digno medio de V. E.

Cumpro para con el esforzado pueblo nicaragüense, hondureño y salvadoreño, según sea, con tan grato deber.»

La prensa de esas Repúblicas tiene sobrada razón para felicitarse, y así lo hace, por el establecimiento del Tribunal, porque, como escribe *El Pabellón de Honduras*, la guerra, con sus epopeyas, con sus heroísmos y sacrificios, es siempre un recurso de la barbarie y una mancha de la humanidad; mientras que el arbitraje representa la imposición del derecho sobre la fuerza del hecho, de la palabra sobre el acero. «Pero, añade, si es de principio universalmente aceptado el arbitraje, lo es mucho más tratándose de nosotros, donde cualquier contienda armada sería una guerra civil, porque por la sangre, por la historia y por la geografía somos una misma nación, constituimos una entidad política en el pasado y seremos un mismo grande emporio de progreso en lo porvenir.»

Otro de los medios puestos en práctica para establecer íntimas y permanentes relaciones y preparar la constitución sólida y definitiva de los Estados Unidos de la América Central fué el Congreso de periodistas centroamericanos que se reunió en San Salvador en octubre de 1901. Ahora el comité central de la Asociación de la Prensa creado por aquel Congreso ha remitido á todos los periódicos de las cinco repúblicas copia impresa de las conclusiones adoptadas, mediante las cuales se aspira á que el Periodismo tenga un principio de unidad que prevalezca sobre todas las divergencias que ocasionan los intereses particulares y las contradicciones de la lucha; en una palabra, á que adquiera verdadero espíritu nacional, condición indispensable para el acierto en la dirección de la opinión pública, y para que pueda ejercer su misión civilizadora en armonía con las tendencias, carácter y necesidades de los pueblos centroamericanos.

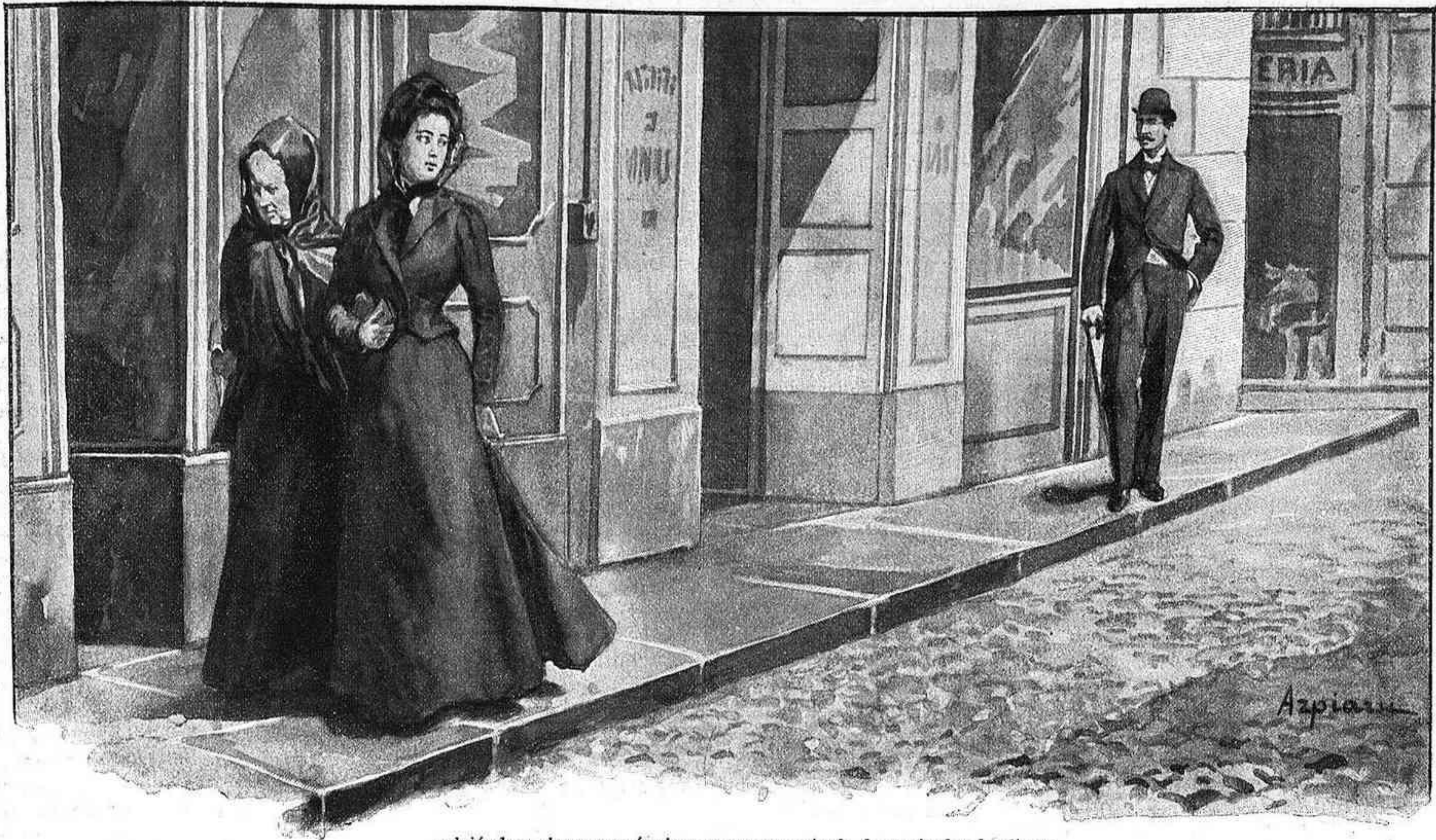
También en la América meridional gana terreno la idea de establecer aproximaciones ó alianzas entre sus repúblicas. No ha mucho la *Politische Correspondenz* de Viena llamaba la atención sobre ello. Quien examine de cerca la política internacional que desarrollan las principales naciones suramericanas, tendrá que convencerse de que se está tramitando una inteligencia contra las veleidades de la tutela norteamericana; pensamiento, por cierto, muy puesto en razón, pues el peligro que ofrece el coloso del Norte no es tan ilusorio como algunos suponen.

Preocupa ahora en América el tratado ó alianza secreta que pactaron Chile, Colombia y El Ecuador, y de cuya existencia ya había noticia hace meses. Se supuso entonces que ese pacto obedecía al propósito de Chile de tomar precauciones en previsión de una guerra con los argentinos. Dijose luego que se miraba más lejos, porque en la América del Sur se comprendía la necesidad de irse preparando para contrarrestar cualquiera de las posibles veleidades del coloso. El hecho es que allá, en el Norte, no dejó de inspirar el tratado algún recelo, y hay quien sospecha que el *New York Herald* hizo sacrificios de bastante consideración para obtener el texto. Un periódico de Chile, *El Mercurio*, refirióse á él, y aseguró que su alcance se limita á estrechar la amistad y fomentar el comercio entre los pueblos del Pacífico suramericano, y que su principal objeto, por parte de Chile, no era otro que abrir fácil salida á los productos del país para llevarlos á los Estados Unidos por la vía de Panamá.

En las demás Repúblicas no ha sido mal acogida la alianza chileno-colombiana; los mismos peruanos la consideran como garantía de solidaridad que podrá favorecer á todos los pueblos latino-americanos.

¿Hay idiomas argentino, peruano, chileno, etc.? Es este, tiempo hace, tema de discusión entre los hispano-americanos. Algunos escritores de Buenos Aires sostienen, con evidente apasionamiento, que hablan una lengua bastante distinta de la española, que merece ya tener su nombre propio para diferenciarla de aquélla; replican otros que la diferencia sólo aparece en los que no saben hablar ni escribir bien el castellano. Tercia directamente en el debate el Dr. Pellegrini, y nos dice que *habrá un idioma argentino*; llegará un día en que el español sea una lengua clásica, como el latín, después de haber servido de tronco común á idiomas nuevos, entre los cuales se distinguirá el argentino que, seguramente, será muy distinto del mejicano.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



... volviéndose alguna vez á mirarme con una mirada de gratitud y de aliento

LA ULTRAPATIANA

- Aquí donde me ves tan desgraciado, me decía Juan muy formal y muy triste, has de saber que he estado á cuatro pasos de la dicha; á cuatro pasos, como lo oyes, de ser el hombre más feliz y más afortunado de la tierra.

Fué una cosa de esas que suceden en la vida... Que se nos presenta una vez la fortuna al alcance de la mano, como quien dice, y por negligencia, por ligereza de juicio ó por falta de constancia, la dejamos escapar, y no vuelve.

Sí, por aquella negligencia y aquella falta de constancia de que nos arguye el antiguo refrán que dice: «¿la primera azadonada queréis sacar agua?» por aquella ligereza imperdonable, ha sido un árido desierto mi vida. Si hubiera dado un par de azadonadas más, hubiera encontrado el manantial riquísimo que me la hubiera convertido en oasis delicioso...

Le pasó á este infortunado amigo tuyo lo que á la mona de la fábula, que arrojó el apetitoso fruto del nogal en cuanto sintió que amargaba por fuera.

Verás qué historia más triste...

Hacia cosa de un año que había vuelto yo á Madrid después de la guerra y de la emigración subsiguientes; y para consolarme de las desilusiones, contrariedades y desengaños que acababa de sufrir, para endulzar de algún modo las amarguras de la derrota, estaba resuelto á casarme.

Debo advertirte que, según me decían mis amigos y según á mí también me parecía, modestias aparte, me hallaba en excelentes condiciones para hacerlo.

Frisaba en los treinta años; era á la sazón el poeta de moda, el escritor más loado y leído; no había sesión solemne de la Juventud Católica, á cuyos salones acudía entonces en son de protesta antirrevolucionaria lo mejor de Madrid, en que no se recitaran mis versos; el periódico en que escribía era el que se buscaba y se leía primero en las redacciones de los demás, aun de los de ideas opuestas, y las agudezas de la sección que se me atribuía eran comentadas y celebradas en las tertulias del gran mundo. El alto cargo que había desempeñado con lealtad y lucimiento en el campo *rebelde* me daba cierta respetabilidad aun entre los enemigos, y el mismo vencimiento sufrido sin culpa y aceptado con dignidad me servía como de aureola simpática.

- Usted puede hacer una gran boda, me solía decir mi confesor el padre Alba, que era un bendito: se puede usted casar aunque sea con una princesa.

Lo cual, descontando la hipérbole y dando su verdadero sentido á la frase, quería decir que podía aspirar á una buena colocación, y nada más cierto.

Como frecuentaba las reuniones aristocráticas, conocía ya en muchachas casaderas lo más florido, casi todas las de buenas familias y bien acomodadas. Hago expresa mención de esta cualidad última por-

que, aun cuando no fuera la principalmente intentada por mí, no la quería tampoco desatender en absoluto; pues por lo mismo que, fracasado mi ideal político, me hacía cuenta de no ocupar jamás ninguna de las brillantes y pingües posiciones oficiales á que antes me creyera llamado, quería que la mujer á quien había de unir mi suerte estuviera regularmente dotada, para que entre lo que ella me trajera y lo que yo ganara pudiéramos soportar sin angustia las cargas del matrimonio.

Yo no creo que deban casarse solamente los ricos; pero sí creo que los que se casan sin contar con los medios de subsistencia proporcionados á su clase y estado, no saben lo que hacen, no obran con la reflexión y la cordura propias de seres racionales, y se exponen, si Dios les da hijos, á hacerles infelices... Porque el hijo de un jornalero puede ser jornalero también; pero el hijo de un señorito que no tiene dinero, casi no puede ser más que un perdulario...

Perdóneme esta digresión, y vuelvo á la historia. Iba diciéndote que conocía casi todas las muchachas casaderas más aceptables; conocimiento que respecto de algunas era de fecha muy reciente, de aquel mismo invierno; pero respecto de otras databa ya de diez ó doce años atrás, de cuando había sido estudiante, que también asistía mucho á bailes y reuniones. Verdad es que las muchachas de aquella época me parecían ya un poco viejas para mí, á pesar de ser mis contemporáneas.

A un hombre de treinta años, me decía yo, le corresponde mujer de veinte, según la fórmula que dice: edad de la mujer, igual á la mitad de la del varón, más cinco años... Que es la misma fórmula de la pubertad, porque: 12 (pubertad de la mujer) = 7 (mitad de 14, que es la pubertad del hombre) + 5...

Aunque te he dicho que conocía á casi todas las jóvenes casaderas de cierto viso, había tres ó cuatro (y por eso precisamente he puesto el casi) á quienes sólo conocía de referencia, por haber oído hablar de ellas con elogio, pero no de trato ni de vista, porque no iban á bailes, unas por estar de luto, otras por desacuerdo con las costumbres corrientes ó por escrúpulos de conciencia.

De la hija de los marqueses del Abedular me hablaba mucho un compañero mío de fonda, amigo de sus padres. Era, según él, una muchacha de gran discreción, de claro entendimiento, de carácter dulce, y que sin ser lo que se dice hermosa, resultaba muy agradable. No iba aquel año á reuniones porque estaba de luto por su único hermano, fallecido hacía poco.

De Anita Alcocer, hija de unos señores ricos de Trujillo, que habían trasladado recientemente su residencia á la corte, también había oído hablar con grandes ponderaciones de su hermosura y de su virtud, pero tampoco había tenido ocasión de verla.

Lo mismo me pasaba con la condesita de Santibáñez, de quien también había oído hablar mucho.

- Es la mejor novia de Madrid, me solía decir

mi compañero de visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente, por más que no brille en el mundo ni acaso haya usted oído hablar de ella...

- Sí, hablar de ella, sí he oído hablar, le decía yo, pero no la conozco, no la he visto por ninguna parte.

- Se la ve poco, añadía él; es decir, no se la ve nunca en paseos de lujo, ni en teatros, ni en fiestas. Únicamente en las cuarenta horas por las tardes ó en misa por las mañanas, adonde suele ir con su madre, vestidas ambas con sencillez. Pero es inmensamente rica, y lo que vale más, muy buena, muy virtuosa y bastante guapa.

Análogas ponderaciones había oído hacer á otros amigos de la baronesita de Villalba, que también vivía sola con su madre, también tenía una cuantiosa fortuna y también era, según decían, bien parecida y sinceramente piadosa...

Cuando oía hablar con tal encomio de alguna de estas jóvenes, me entraba curiosidad de conocerla; pero luego se me iba pasando, y ya no me volvía á acordar hasta que oía hablar de ella otra vez. Como no las encontraba al paso, y como por otra parte conocía ya tanto y tan bueno donde escoger, no me tomaba la molestia de buscarlas, tratando más bien de decidirme y fijarme en alguna de las que ya conocía.

Así estaban las cosas cuando una mañana, al ir á la redacción, entré en la iglesia de San Sebastián á oír misa... Empezaba la de las diez y media, y poco después del alzar, habiéndose acabado otra que estaba ya al medio cuando yo entré, se levantó del sitio que ocupaba y vino á situarse cerca de mí una señorita con la cabeza graciosamente envuelta en una mantilla de encaje y el cuerpo enfundado en un vestido de lana pardusca como los hábitos de los frailes franciscanos, ceñido con un cordón también parecido á los que usan los frailes, y arrodillándose frente á una imagen de San Antonio de Padua, se puso á rezar devotamente.

Era de regular estatura, más bien baja que alta, delgada y fina de cuerpo, de manos blancas y menudas, de ojos negros con mirar expresivo y dulce, y de rostro... no me atreveré á decir hermoso, pero intensamente simpático.

Después de rezar un poco, leyó en un libro; después volvió á rezar, y concluido su rezo, poco antes de que concluyera la misa que yo oía, salió de la iglesia, acompañada de una señora algo más bajita, dejándome con cierta curiosidad de saber quién era.

Por supuesto que desde que se vino á rezar á mi lado hasta que se marchó, casi no dejé de mirarla, y también ella, al levantar alguna vez los ojos del libro para fijarlos en el santo ó al bajarlos del santo para volverlos á posar en el libro ó clavarlos humildemente en el suelo, me echaba alguna que otra mirada furtiva.

Al día siguiente volví á la iglesia de San Sebastián á la misma hora, y allí estaba también la niña del hábito. La cual también al concluirse la misa vino

á arrodillarse delante de San Antonio y le hizo su rezo, que debía de ser una novena, igual que el día anterior, mirándola yo constantemente y mirándome ella con más frecuencia y menos disimulo que el día antes.

Cuando, concluidas sus oraciones, salió de la iglesia en compañía de la misma señora del día anterior, que por ciertos rasgos fisonómicos me pareció que debía de ser su madre, salí detrás decidido á seguirlas.

Tomaron la calle de las Huertas que siguieron hasta el cruce con la de León, muy despacio desde que advirtieron que iba yo detrás, parándose á mirar los escaparates, como para cerciorarse de si yo iba siguiéndolas, ó iba porque diera la casualidad de ser aquel también mi camino. Cuando estuvieron seguras de lo primero, pues siempre que se paraban ellas me detenía yo también, continuaron andando á paso regular, volviéndose alguna vez á mirarme con una mirada como de gratitud y aliento.

Al llegar á la calle de León, echaron por ella hacia la izquierda hasta encontrar la de Lope de Vega, que tomaron y siguieron decididas hasta el número 7, donde entraron.

Era una casita baja de humilde apariencia, y esto empezó á disgustarme; pero reaccioné en seguida, pensando que sería suya la casa y que el principal, bien amueblado podría ser una habitación cómoda y elegante.

Toda esta ilusión se vino abajo inmediatamente.

Porque habiendo apretado el paso para colocarme frente al portal antes que desaparecieran, vi que no tomaron la escalera que había á la derecha, sino que siguieron de frente, salieron al patio, atravesaron éste, que no era muy grande, y entraron por una puertecita que había al otro lado, como para cuartos interiores.

Se me cayó el alma á los pies, y aunque la niña al atrevesar aquella puerta ignominiosa me echó una postrera mirada más halagüeña y dulce todavía que las anteriores, la dije mentalmente: «No; hasta aquí llegó mi amor, es decir, hasta el patio; más allá no pasa.» Y me fui hacia la redacción del periódico pensando: «¡Pero cuánta farsa y cuánta farándula hay en este Madrid! Esta niña tan modosita y tan mona, de tipo tan fino y delicado, de andar tan elegante, vestida con tal modestia y con tan exquisito gusto, cualquiera creería que era alguna condesa... Y por lo visto será hija de algún empleado de cinco mil reales, ó acaso de algún cesante que no tendrá más que el día y la noche... ¡Cuando vive en un cuarto interior de la calle de Lope de Vega, que costará cuatro ó cinco duros mensuales!.. ¡Ya, ya! ¡Para que uno se fie de las apariencias!..»

A otro día no volví á misa á San Sebastián, pero volví á pensar más de una vez en la niña del hábito pardo, cuyas dulces miradas y muy especialmente aquella última, seguían trabajando sobre mi corazón y ablandándole y cautivándole...

«¿Por qué no he de volver á verla?, me decía yo; ¿qué pierdo por volver á seguirla?.. Podría ser que no viviera allí y hubiera entrado casualmente... Mas ¿á qué había de haber entrado?..»

En fin, que para asegurarme más en mi determinación de abandono absoluto, ó rectificarla si hubiera motivo, á los cinco ó seis días de retraimiento volví otra vez á San Sebastián á la misma hora. Las volví á encontrar allí á la hija y á la madre, produciendo en ellas mi reaparición alborozo visible.

Digo en ellas, porque ambas se alegraron y á las dos las conocí la alegría en el semblante; pues al salir tras de ellas á la calle, no solamente la niña me miraba sin reserva alguna, bañándose tranquilamente en miradas francas y afectuosas, de verdadero cariño, sino que la madre me miraba también, no con aquella curiosidad hostil con que suelen mirar las madres á un pretendiente extraño, sino con el agrado con que pudiera mirar á un antiguo conocido.

Seguíalas yo encantado de aquella amabilidad; pero llegó el desencanto muy pronto. Porque llegaron ellas, como la otra vez, á la casa número 7 de la calle de Lope de Vega, siguieron todo el portal, atravesaron el patio y entraron por la puertecita de los interiores.

Anduve paseándome por la calle, sin perder de vista la puerta de la casa, como media hora, á ver si salían; pero no salieron. Se me ocurrió preguntar quiénes eran á un zapatero remendón que trabajaba en el portal, y que sin duda desempeñaba la portería; pero rechazé la ocurrencia porque la pregunta

me pareció excusada y algo denigrante. ¿Qué me importaba á mí que fueran quienes fuesen?.. Era indudable que vivían allí, y por consiguiente, que eran unas pobres.

En los primeros días siguientes me acordaba mucho de la niña y de cuanto me encantaba en ella, aunque en rigor me encantaba todo; no solamente



Después de rezar un poco, leyó en un libro...

las miradas, sino el modo de andar, el modo de ponerse la mantilla, la manera de abrir el libro, la manera de coger el rosario y hasta la manera de mover los labios cuando rezaba.

El corazón estaba ya interesado por ella; la quería pobre y todo, y se defendía con denuedo; pero la razón, ó mejor dicho, la vanidad, la soberbia y el orgullo, rechazaban sus solicitudes.

Temeroso yo de no poder resistir á los legítimos deseos del corazón, determiné ponerla en ridículo, no sólo ante mi juicio propio, sino también ante mis amigos, á quienes conté la historia con todos los detalles del hábito, de las miradas dulces, de las elegancias exteriores y de la vivienda interior al otro lado del patio.

Como á mí me llamaban *ultramontano* por mis ideas de católico intransigente, y yo sabía que á los primeros que llevaron ese apodo se les aplicó porque vivían más allá ó al otro lado de los montes, la llamé yo á ella *ultrapatiana* porque vivía más allá del patio.

Les hizo gracia á mis amigos el mote, y siempre le usaban para preguntarme por ella cuando querían darme broma.

— ¿Qué tal la *ultrapatiana*?, me decían.

— No la he vuelto á ver, les contestaba yo.

Y luego hacían conmemoración de los detalles que les había contado y se reían mucho; y... es claro, así no podía yo volver á pensar seriamente en ella porque se burlarían de mí con las armas que yo mismo les había dado...

Poco después, tras de mucho mirar y dudar, entré en relaciones con una hija de la vizcondesa del Alcor, que resultó vanidosa y pobre, y que con indecisiones y roderías me tuvo entretenido once años, hasta que se hizo vieja..., y aquí me tienes hecho un desgraciado.

— Bueno, pero y ¿cuándo fué, le pregunté á Juan, cuando estuviste á cuatro pasos de la dicha? ¿Quién era la dicha?..

— La *ultrapatiana*... ¿No sabes quién era la *ultrapatiana*?

— No... ¿Quién era?

— La mismísima condesa de Santibáñez, á quien yo deseaba conocer y de quien había oído tantas alabanzas y ponderaciones.

— ¿Y cómo vivía en aquel casucho?

— No vivía allí, sino en su lujoso palacio de la calle de Atocha. Allí entraba aquellos días con su madre, después de misa, á visitar á una pobre enferma de tisis, á la mujer del zapatero, que estaba ya sacramentada, y todos los días iban á llevarla limosna y á consolarla y hacerla compañía desde las once hasta la una.

— ¿Y cuándo lo supiste?

— Cuando ya no tenía remedio... Poco hace todavía que he tenido el dolor de enterarme de todo por un sacerdote que fué capellán de la casa y que ha tenido la inadvertencia, por no decir la crueldad, de contármelo.

— ¿Y cómo se mostraba ella desde luego tan favorable á tus primeras demostraciones amorosas? ¿Te conocía?

— ¡Claro que me conocía! Verás... Había oído hablar mucho de mí en aquella temporada de mi mayor lucimiento literario y político de que te hablé antes, y como era de las mismas ideas mías, lefa con fruición y complacencia todas las noches mi obra en el periódico, así como mis versos en los semanarios ilustrados donde aparecían... Estaba enamorada de mí sin conocerme. Después me vió una noche en una sesión de la Juventud Católica, y como también exteriormente fui de su agrado, su afición á mí creció lo indecible.

Con otros usos y otras costumbres sociales, según me ha dicho el capellán, me hubiera ella escrito proponiéndome el matrimonio; mas como esto no lo podía hacer, determinó ponerlo en manos de Dios pidiéndoselo por la intercesión de los santos, y precisamente para eso estaba haciendo aquella novena á San Antonio. Al tercer día de la novena aparecí yo en la iglesia, y es claro, sospeché que iba por ella y que era San Antonio quien me llevaba; y cuando al día siguiente volví y la seguí por la calle, tuvo por seguro que San Antonio había hecho el milagro...

Y sí le había hecho, pero se le deshizo el demonio..., el demonio de la soberbia y del orgullo...

Por algo dijo Campoamor, en su humorismo habitual, que

En materias de amor y matrimonio
Puede más que los santos el demonio...

Aunque no es que el demonio pueda más, sino que los hombres, que casi son peores, le ayudan á veces á hacer infructuosa la intercesión de los santos...

Como ella estaba en cuenta de que yo la conocía, sabía quién era, cuando vió que después de haber comenzado á demostrarla afición me retiré completamente, creyó que era que no me había gustado por su figura ó por alguna otra circunstancia, y pasó mucha pena, pero siguió queriéndome resignada y sin perder la esperanza del todo.

Después comenzó á pretenderla un primogénito de marqués acaudalado, que era un bacín, y naturalmente, no le hacía caso. Pero yo no sé quién habló á la madre en su favor haciéndola creer que era un buen muchacho, y empezó á interesarse por él y aconsejar á su hija que le aceptara. Y ésta, que quería mucho á su madre, por no verse en el caso de darle calabazas al dárselas al novio, determinó dejar el mundo, y profesó en el convento de Santo Domingo, donde, como no tenía naturaleza para la vida claustral, creo que vive enfermucha, después de haber muerto su madre de hipocondría, originada por la pesadumbre de verse separada de ella.

Ya ves — concluyó Juan — cuántas desgracias acarreadas por mi falta de juicio, por mi equivocación, por mi desidia, por mi fatuidad, por mi ligereza, por no haber preguntado al zapatero quiénes eran aquellas señoras.

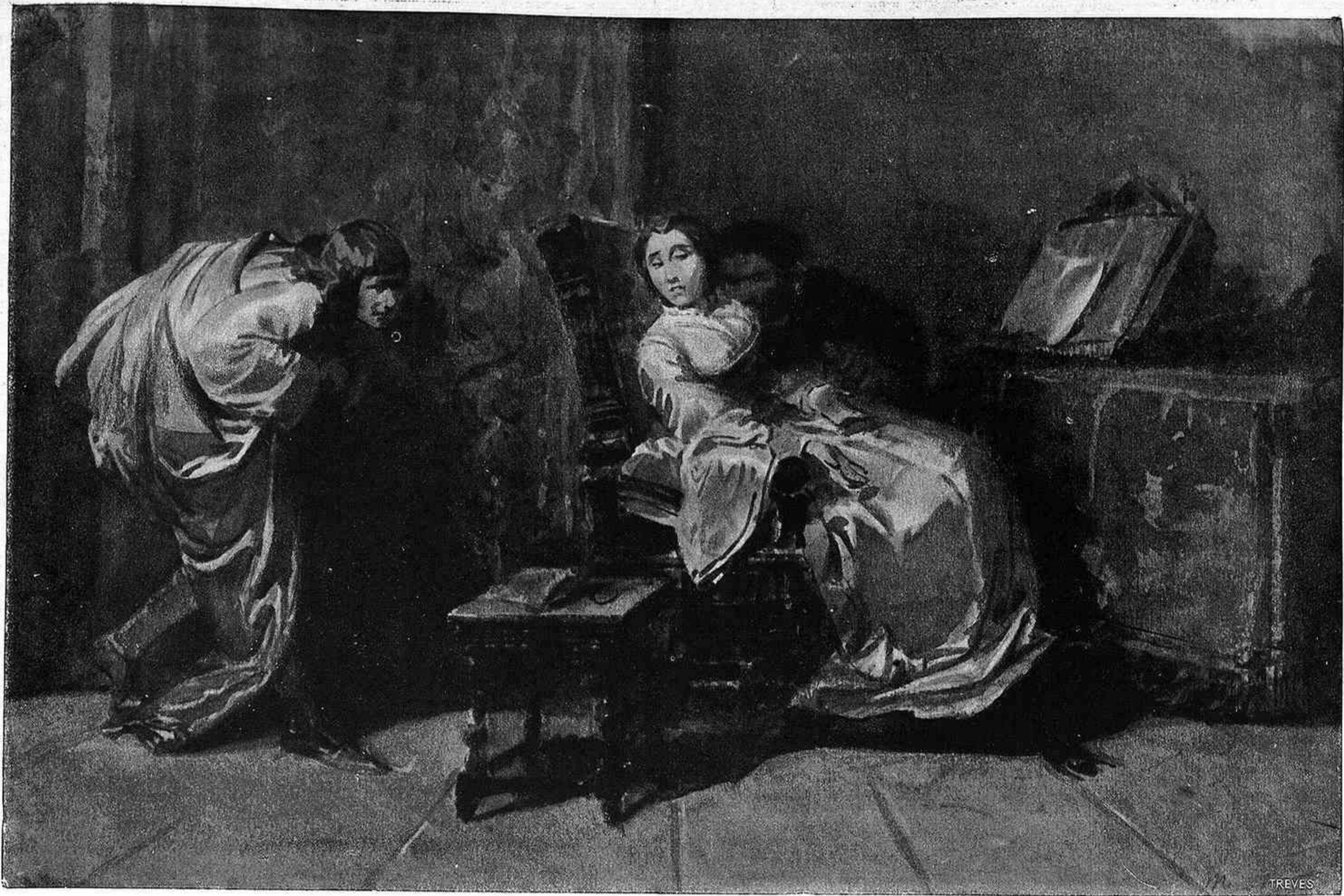
ANTONIO DE VALBUENA.

(Dibujos de Azpiazu.)

CUADROS DE DOMINGO MORELLI

ADQUIRIDOS PARA LA GALERÍA NACIONAL DE ARTE MODERNO DE ROMA

La Galería Nacional de Arte Moderno de Roma, para la cual se han adquirido ya recientemente colecciones de obras de Palizzi y de Celentano, poseerá dentro de poco otra de Domingo Morelli. Cuando estas tres colecciones estén reunidas formarán un conjunto de interés particularísimo, porque podrán



La reina Juana II, cuadro de Domingo Morelli, pintado en 1866-1867, y adquirido para la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma



La Sulamita y el pastor (del *Cantar de los cantares*) uno de los últimos cuadros pintados por Domingo Morelli, adquirido para la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma

considerarse como tres fases de un mismo acontecimiento, cual es la emancipación de la pintura italiana meridional de las trabas académicas.

En efecto, los tres pintores, no sólo nacieron con pocos años de diferencia uno de otro, sino que vivieron juntos más ó menos tiempo: Morelli pintó los retratos de Celentano y de su madre; Celentano, á su vez, pintó el de Morelli, y éste y Palizzi tuvieron los talleres contiguos, pudiendo sorprenderse á veces en los lienzos del uno pinceladas al otro debidas.

Hasta ahora son pocos los cuadros adquiridos por el gobierno de Italia para esta galería; pero, según parece, se propone completarla, rindiendo así el merecido tributo al que los críticos de aquel país llaman con razón el pintor italiano más grande del siglo XIX.

Las obras que al presente figuran en la expresada Galería son: *Et angeli ministrabant illi*, *Cristo Vigilante*, *El conde Lara y su paje*, *Torcuato Tasso y Leonor de Este*, *Un triclinio después de la fiesta*, *La leyenda de lady Godiva*, *La reina Juana II*, *La Sulamita y el pastor* y *La Virgen á orillas del lago*. Estos tres últimos los reproducimos en el presente número, y por ellos puede juzgarse la diferencia esencial de estilo y de escuela que media entre la primera y la última época del ilustre pintor napolitano. — S.

LA BODA DE AMELIA

Por fin subió el mayoral al pescante y arrancó la diligencia, levantando una verdadera nube de polvo.

Mientras Juan había ido en el tren, el traqueteo violento é isócrono, la conversación insubstancial á grito pelado de los que con él ocupaban el departamento de primera clase, habían mantenido su cerebro en continuada absorción, incapaz de idea especulativa; pero cuando se encontró en el cupé, que había pagado entero para ir solo, cuando el aire puro le dió en el rostro y pudo ver la campiña aumentando y desarrollándose ante sus ojos como imágenes de un cinematógrafo, todo el pasado comenzó á iluminar la obscuridad de su cerebro con lívidas claridades de relámpago, y la tormenta de su rabia y de sus odios rugió atronadora en su desolado interior.

Bajo el relampagueo de la evocada tempestad, se vió, tres años atrás, escapando por aquella carretera, que ahora recorría poderoso y rico, desesperado y miserable.

Vió con perfecta nitidez la arrogante figura de Amelia, ídolo que había ido formando poco á poco en su imaginación exaltada, principio y fin de todos sus actos.

Recordaba los gestos, las medias palabras, las preferencias cariñosas con que le alentó, haciéndole pensar en un porvenir risueño y lleno de felicidad. Ella misma había sido la que le impulsara á declarar materialmente su amor, que ya sus ojos habían manifestado; ella la que le animó á pretender su mano, la mano de una linajuda heredera.

Fué en una jira campestre organizada por don Pedro, el padre de Amelia, y adonde había sido convidado en unión de lo más principal del pueblo. Cuando la orgullosa joven le hubo escuchado hasta que calló, dirigióse á su padre y á los convidados y les manifestó con seriedad cómica la pretensión del atrevido.

Los mayores insultos no le hubieran hecho tanto daño como las homéricas carcajadas con que sus palabras fueron acogidas.

¡Cómo, un maestro de escuela! Un pobre diablo que no tenía dónde caerse muerto solicitar la mano de Amelia, la heredera, ya que no de la más rica dote, del más preclaro apellido de la jurisdicción. Era para morir de risa. Y aquellas carcajadas, repetidas sin cesar por todos los corifeos del anfitrión, resonaban en su cabeza como cañonazos que le atontaron por el momento y dejaron para siempre sus oídos sordos á todo buen pensamiento. Aún le

quemaban en el hombro las burlonas palmaditas que le daba el noble señor mientras le decía:

— Pobre Juan, estás comidas fuertes no le convienen á usted; los vapores le enturbian la inteligencia.

Y sin embargo, él no se conceptuaba tan despreciable: era joven, honrado, había conseguido exclusivamente por su mérito la escuela de aquel pueblo. ¡Maestro de escuela! Aquello era lo ridículo; ¡un maestro es siempre un tipo cómico! ¡Se ha reído tanto del dómine Silabario!..



LA VIRGEN Á ORILLAS DEL LAGO, acuarela de Domingo Morelli, pintada en 1866 y adquirida para la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma

Entonces fué cuando en medio de toda aquella naturaleza que convidaba á amar, en medio de todos aquellos aromas primaverales que hacían desear la vida, sintió la muerte en el corazón.

Dirigióse á su casa, cogió los pocos cuartos que tenía, cerró la escuela y se marchó á Madrid.

Vivió en cualquier parte. En una mala fonda adonde le llevara el primer gancho con que tropezó. Todo le era igual, nada pretendía en la corte, en nada pensaba. Sólo una idea le había movido hasta entonces, huir de lugares que se le habían hecho odiosos.

Un día el fondista le pidió dinero, y al ver que con el que poseía no alcanzaba á pagar el importe de su hospedaje, le puso en la puerta, quedándose con un baúl sonoro y una maleta escurrida; toda su fortuna.

Juan, casi insensible, se marchó. Era ya entrada la noche. No había cenado ni tenía apetito. Comenzó á vagar por las calles, hasta que sintiéndose cansado sentóse en el banco de un paseo, y pasó la noche sin dormir. A la mañana siguiente el vacío del estómago le molestaba más profundamente y el sueño le rendía: guiado por el instinto animal, pensó en trabajar; pero no conocía á nadie, y puerta por puerta, tienda por tienda, fué ofreciendo sus servicios, sin que en ninguna parte obtuviera acogida.

Un día más pasó. Hízose noche, y casi desfallecido, extendióse en un asiento de piedra de una plaza y se adormeció, pero le despertaron de su sueño unos polizontes y le obligaron á andar. Y anduvo hasta que de nuevo el cansancio le venció y le arrojó en otro banco, y nuevamente le despertaron haciéndole caminar. Entonces huyó á las afueras, y allí, junto á una covacha horadada en un desmonte, cayó, convencido de que no se levantaría más. Quiso

dormir, pero el hambre le mantenía en vigilia, y sin fuerza siquiera para dar un grito, permaneció largo rato inmóvil.

Después sintió algunos pasos, y varios hombres desarrapados y astrosos fueron llegando. Compadecidos, le ofrecieron unas gotas de aguardiente que le reanimaron y un trozo de pan y un poco de queso que acabaron de restaurar sus fuerzas.

Sus bienhechores eran la huz de la corte, y con ellos vivió, conociendo entonces una vida que jamás pudo sospechar; aprendió modos insólitos de vivir, industrias tenebrosas, lucros desconocidos, comprendiendo que un buen ingenio y una sólida voluntad podrían rendir frutos abundantes.

Desde entonces todas las noches se le vió por los desmontes en animada conversación con aquellos miserables, y allí empezó á germinar una negra idea, apoderándose poco á poco de su conciencia, despertando todas sus energías, determinando una actividad infatigable.

Los miserables conocieron bien pronto cuánto podía intentar aquel hombre, y no tuvieron necesidad de convencerle. Sí; él necesitaba mucho dinero y precisamente por aquellos medios. El producto de un honrado trabajo no cumplía á su objeto. Se unieron la astucia y la inteligencia y comenzó á trabajar una misteriosa sociedad, admirablemente organizada con ramificaciones en provincias y en el extranjero.

Un año después era casi rico, y transcurridos tres más, millonario. Una fábrica de cualquier cosa sirvió de explicación á su rápida fortuna, y bien pronto las noticias de ésta llegaron al pueblo.

Amigos officiosos hicieron saber á Amelia y su familia la nueva posición de Juan. No faltó tampoco quien se encargara de anudar las relaciones que antes parecieron dispartadas, y bien pronto se cruzaron algunas epístolas que aseguraron un satisfactorio desenlace amoroso.

Juan, desde la corte, compró en el pueblo tierras y casas, y más tarde, cuando repetida su pretensión fué aceptada con júbilo por D. Pedro, adquirió un viejo palacete que restauraron y alhajaron con suntuosidad inteligentes obreros de Madrid, y por último el antiguo maestro de escuela escribió anunciando su próxima llegada.

Ya, pues, llegaba el momento supremo. Desde la diligencia, según atravesaba los caseríos, iba reconociendo Juan las heredades del extenso valle donde se deslizó su juventud, sintiendo una profunda melancolía al aspirar con delicia el aroma vigoroso del tomillo que la brisa bajaba desde los montes.

Por un momento experimentó deseos de renunciar á su venganza, y un ansia loca de libertad se apoderó de su espíritu; pero bien pronto el coche, atravesando un airoso puentecillo de piedra, dió vista á la frondosa alameda donde se celebró la jira campestre, punto de partida de toda su desgracia, y de nuevo la ira rebosó de su corazón, arrojando los dulces sentimientos que se le iban entrando á más andar, y el siniestro brillo de la venganza relució en sus ojos y la sarcástica sonrisa de la ironía movió sus labios.

Llegó por fin la diligencia al pueblo, y á los pocos momentos detúvose en la plaza junto á la posada.

Bajó Juan del coche, y mientras el mayoral, ayudado por el posadero, descargaba los grandes baúles que formaban su equipaje, se dirigió con los brazos abiertos á un grupo formado por el médico y dos ó tres vecinos adinerados, que le recibieron con muestras de gran júbilo, estrechándole cordialmente la mano y prodigándole epítetos cariñosos como nunca los había oído de sus labios. Lamentábanse de no haber sabido el día preciso de su llegada para organizar en su honor un recibimiento digno, esforzándose todos en significarle el mucho afecto que siempre le profesaron y la alta idea que les había merecido su talento.

No sin gran trabajo logró deshacerse de ellos, pagó espléndidamente al mayoral, y subiendo á las

habitaciones de la posada, sin descansar un momento, quitóse la ropa de viaje, y después de asearse se comenzó á vestir de la más rigurosa etiqueta. Aún no había terminado su prolija tarea, cuando sonaron en la puerta del cuarto unos discretos golpecitos, y á su voz de «adelante» penetró con la cara rebotante de alegría el propio D. Pedro, que lo apretó entre sus brazos exclamando:



MARÍA D'ARNEIRO, tiple del Gran Teatro del Liceo

— Aun rompiendo con las leyes de la costumbre he venido... No he podido resistir un momento á mis deseos de abrazarte, hijo mío, y perdona que te hable así; pero nuestro futuro parentesco me da derecho á ello. No puedes figurarte qué sorpresa tan agradable hemos experimentado al saber tu llegada.

— ¡Ah, mi querido D. Pedro! ¡Qué momento por mí tan ansiado! Por él doy como bien empleadas cuantas fatigas he sufrido hasta conseguir esa mezquina fortuna que poner á los pies de Amelia.

— Dios premia á los hombres honrados y trabajadores; acábate de vestir y vamos á casa, donde te aguardan con impaciencia...

El camino de la posada á casa de Amelia fué un camino triunfal. Saludos amistosos, caras risueñas, grandes abrazos, fuertes apretones, protestas de amistad, de todo hubo. También se tropezaron con D. Benito, juez de primera instancia del partido y uno de los concurrentes más asiduos á casa de don Pedro. Con no menor efusión que los demás estrechó las manos de Juan, que no pudo reprimir un ligero temblor.

— Este D. Benito, dijo D. Pedro cuando siguieron su camino, es un bello sujeto, antiguo amigo de casa, hombre que cumple con su deber aunque se trate de procesar á su padre. Espero que tú también gozarás con su amistad.

— Indudablemente, repuso Juan con ironía; y aun cuando no presentara esos títulos, espero firmemente tener con él relaciones muy estrechas.

El recibimiento en casa de Amelia por ésta y su encopetada madre no es para contado, ni las admiraciones de ambas al recibir de manos de Juan un magnífico aderezo de brillantes, cuya pulsera, figurando una serpiente con una manzana en la boca, puso él mismo en la torneada y blanca muñeca de Amelia.

A los pocos días se verificó la boda, siendo padrinos D. Benito y la madre de la novia. Fué un día de algazara para todo el pueblo. Juan regaló una preciosa imagen del santo titular á la iglesia, hizo levantar por su cuenta el embargo que pesaba sobre las mezquinas haciendas de algunos desgraciados labradores, dió á los pobres una suculenta comida, remuneró con largueza al cura y sus asistencias y lució en la comida una pesada vajilla de plata, en la que destacaba, realzado en oro, el escudo de la casa de Amelia.

A las once de la mañana siguiente, Juan, desde la ventana de su despacho, contemplaba con extraña mirada á Amelia y sus padres, que recorrían el jardín gozando del embalsamado ambiente primaveral.

Dos veces se separó de la ventana para acercarse á su mesa, en la que había una carta sin firmar; dos veces tomó la pluma para estampar su nombre al pie de lo que acababa de escribir, y otras tantas volvió á dejarla desalentado. Del jardín subían las risas y la charla zumbadora del enjambre de importantes visitas que acudían á preguntar por los desposados y á llenar de paso el estómago.

— ¡Vivan los esposos!, gritó una voz estentórea.

Juan sonrió misteriosamente y firmó, llamando después á un criado para que llevara la carta á su destino.

D. Pedro se presentó entonces, y tomándole del brazo le condujo al jardín mimosamente.

Los criados empezaron á colocar en el jardín, sobre mesitas rústicas, bandejas con emparedados y golosinas, vinos de todas las marcas y refrescos.

— Parece que se retrasa D. Benito, dijo Amelia.

— Sí, un poco, respondió Juan; pero estoy seguro de que vendrá...

Efectivamente, la puerta del jardín se abrió, presentándose D. Benito, ceñido el rostro y reposado el continente, tan pálido, que llamó la atención de los más próximos. Esto y el que aparecieran tras él dos guardias civiles, puso en suspenso el ánimo de los circunstantes.

Adelantóse el representante de la justicia hasta el grupo formado por los dueños de la casa, y apoyando la diestra sobre el pecho de Juan, dijo con severa y clara voz:

— En nombre de la ley, dése usted preso.

El aludido no manifestó la más pequeña sorpresa y presentó las muñecas á los guardias, que se disponían á sujetarle.

Amelia quedó inmóvil y blanca. D. Pedro se levantó airado.

— ¿Qué broma de tan mal gusto es esta, D. Benito?, exclamó.

— ¡Atrás! No se haga usted cómplice de este hombre.

— ¡Cómo!

— Su yerno es un ladrón, un falsario.

— Pero ¿eso es cierto?, preguntó Amelia á Juan ahogándose de angustia.

— Cierto en absoluto, dijo secamente Juan. Yo mismo me he denunciado hace una hora. No quisiste por marido á un hombre honrado, serás esposa de un presidiario. Señor juez, ya le sigo.

Y sonriendo con sarcasmo, dió un beso en la frente á su mujer y abrazó á su noble suegro. Después, recalcando sus palabras, exclamó:

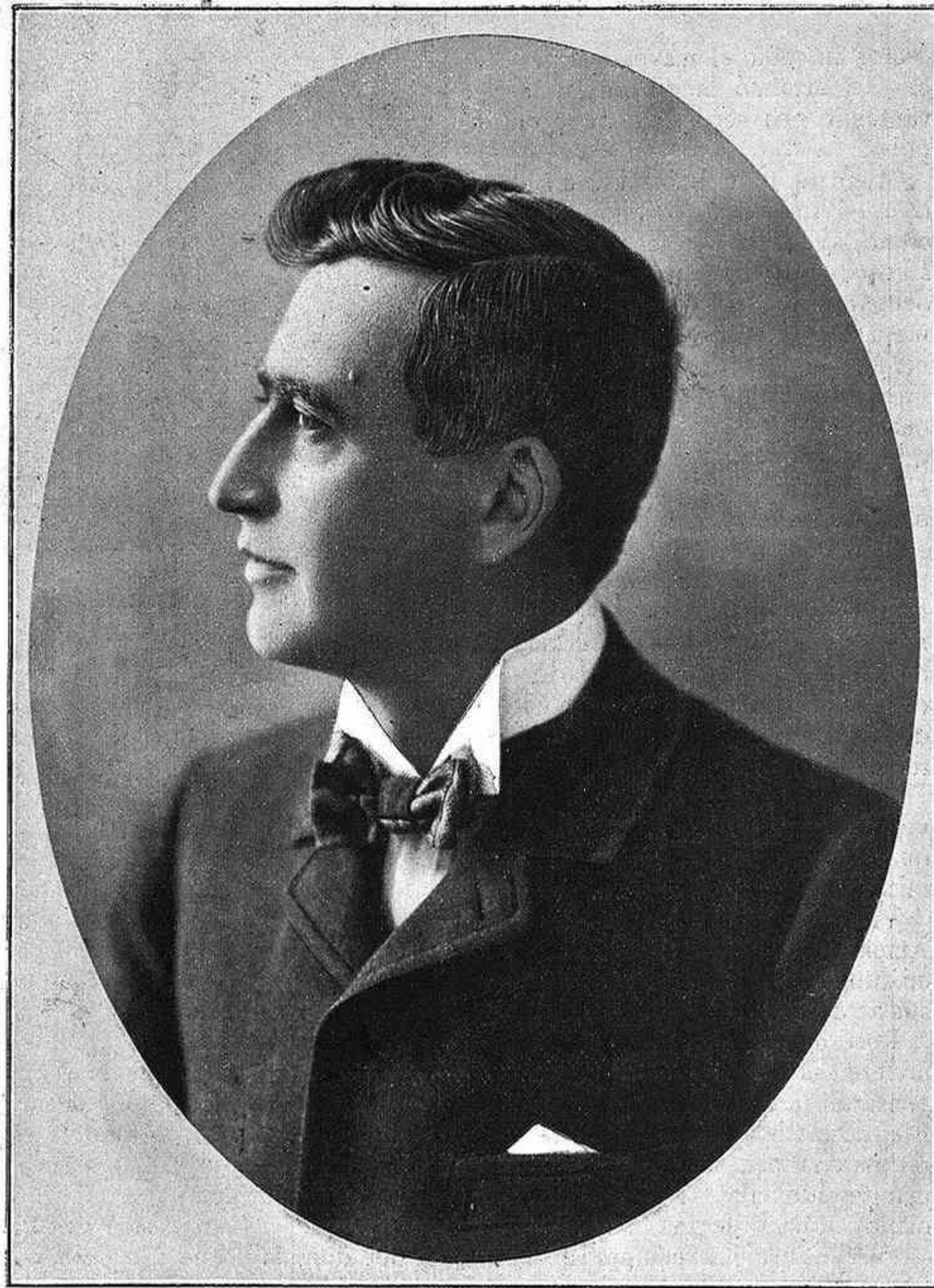
— ¡Adiós, esposa mía!, ¡adiós, padre! No me olvidéis en vuestro cariño.

RAMIRO LEZA Y AGOST.

MARÍA D'ARNEIRO. — DELFÍN MENOTTI

ARTISTAS DEL GRAN TEATRO DEL LICEO

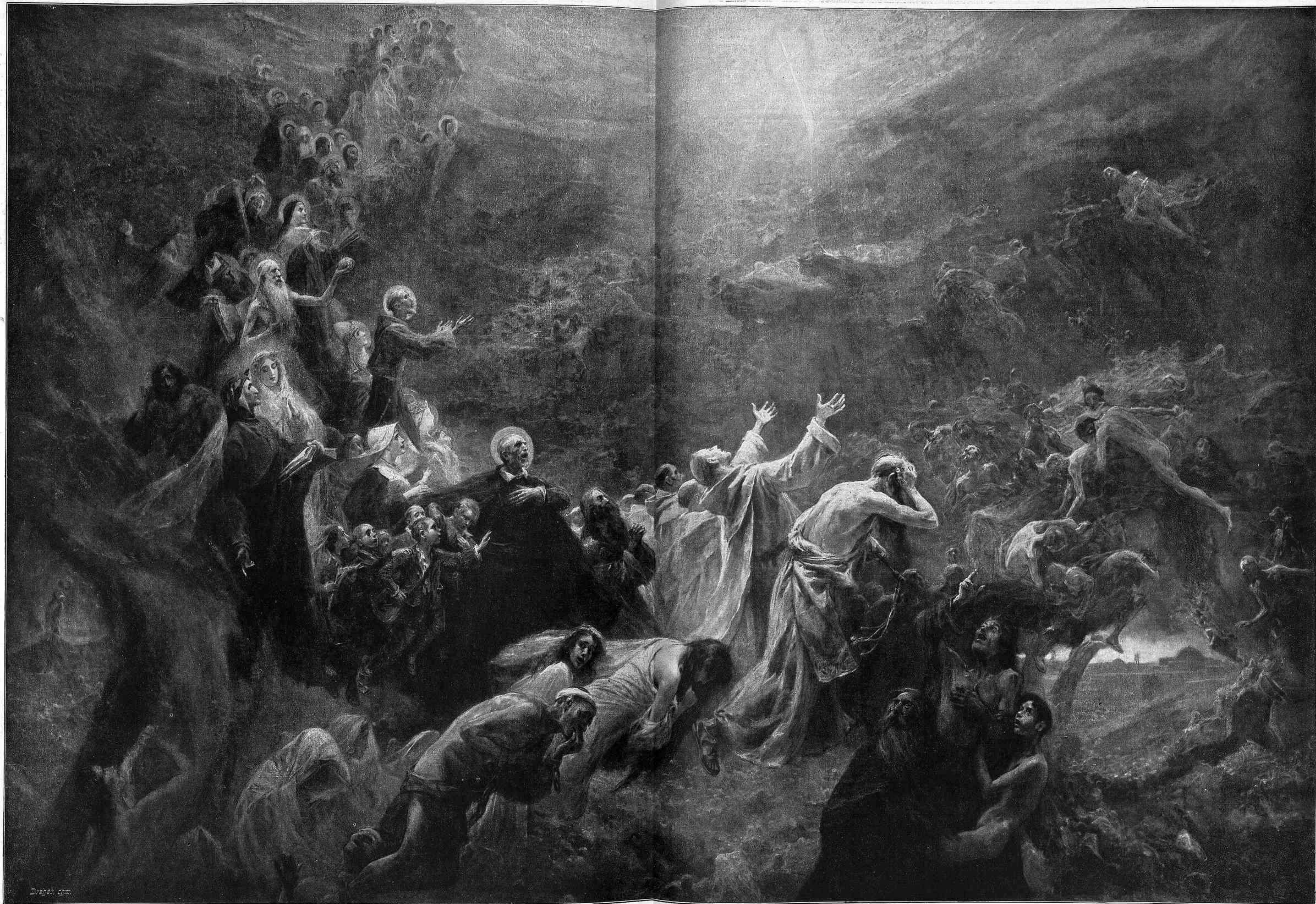
La señora D'Arneiro comparte cumplidamente los plácemes que á otros notables artistas tributa el público que concurre al Gran Teatro del Liceo. La



DELFIN MENOTTI, barítono del Gran Teatro del Liceo

delicada y simpática representación de *Desdemona* la interpreta con plausible inteligencia y acierto, expresándola de manera que va adquiriendo relieve el personaje á medida que avanza la acción, patentizando la corrección de su escuela y obteniendo merecidos aplausos por su agradabilísima y bien timbrada voz.

El Sr. Menotti pertenece á esa clase de artistas en quienes resulta perfectamente aplicado el calificativo de tales, ya que á sus condiciones de excelente barítono se sobreponen las de actor notabilísimo. Sólo á un inteligente y concienzudo intérprete de las creaciones que el arte inspira le es dable llevar á la escena la ficción con todos los caracteres de la realidad. Refractario en absoluto al efectismo, no emite una nota siquiera que no exprese con todo el caudal de las modulaciones la intensidad dramática; de suerte que al presentarse en nuestro Gran Teatro del Liceo, pudo el público admirar la verdadera personalidad de aquel *Yago*, las más de las veces metamorfoseado, y aplau-



EL VALLE DE JOSAFAT EL DÍA DEL JUICIO FINAL, CUADRO DE JOSÉ BENLLIURE Y GIL.

dir á quien tan perfectamente sabe exteriorizar el personaje.

Su vida artística representa una serie no interrumpida de triunfos, y lo mismo en los teatros de Italia que en los de América, en Rusia que en Portugal, en Madrid y en Barcelona, en todas partes se ha rendido al artista meritisimo el justo y debito tributo de admiración. — LL.



El célebre dramaturgo noruego BJOERNSTJERNE-BJOERNSON, cuyo septuagésimo aniversario se ha celebrado recientemente en Noruega con grandes festejos.

NUESTROS GRABADOS

Bjoernstjerne-Bjoernson.—El día 8 del presente mes cumplió 70 años el gran escritor noruego Bjoernstjerne-Bjoernson, quien con este motivo recibió millares de cartas de felicitación, no sólo de sus compatriotas, sino también de muchos extranjeros. Los festejos con que se ha solemnizado este aniversario han sido: el día 7, función de gala en el Teatro Nacional de Cristianía, cantata ejecutada por los estudiantes y entrega de un álbum-recuerdo, en el que han colaborado todos los artistas escandinavos; el día 8, que se declaró fiesta nacional, salvada en todas las poblaciones de Noruega, banquete de honor en Cristianía é inauguración de la Caja de socorro para los maestros, creada por Bjoernson; el día 9, varias fiestas oficiales y populares, y el 10, proclamación del premio Nobel para 1903, que ha sido otorgado á Bjoernson y á Ibsen, llamados á compartir esta suprema recompensa del mismo modo que comparten el cetro literario escandinavo.

Bjoernson es universalmente conocido como dramaturgo, más ó menos adulterado por las traducciones; pero fuera de su patria pocos son los que le conocen como orador, moralista y gran ciudadano, que desea ver á Noruega emancipada de Suecia, autónoma, «libre bajo su bandera libre.»

La vida de este hijo del Norte ha sido ardiente y fecunda, llena de pasión y de fuerza creadora: basta mirar su retrato para ver que bajo aquel rostro de vigorosas líneas alientan el entusiasmo y la fuerza de inteligencia y de voluntad. Su cuerpo es tan robusto como expresiva su cabeza: ese atleta ha nacido para combatir, y ha combatido y sigue combatiendo, de joven por los hombres, de viejo por las ideas.

Nació en 1832 en Kvikné, rincón agreste de Noruega, en la casa que un grabado de esta página reproduce, y á los diez y siete años comenzó sus estudios universitarios en Cristianía. Su padre, pastor protestante, quiso que abrazara la misma profesión que él, á lo que Bjoernson se negó, pues su vocación le impulsaba á las letras, y habiéndole su familia retirado la pensión que le daba, vivió de su pluma, revelándose desde luego como crítico dramático y como poeta. No había cumplido aún veinte años cuando se impuso una tarea titánica, la de libertar á su patria del arte dinamarcués, que en ella imperaba en absoluto, y dotarla de un arte autóctono. A los veintiséis, fué nombrado director del teatro de Bergen, que gracias á él recobró su antigua prosperidad, y cuatro años después, sus dramas, representados con éxito grandísimo, eran traducidos á varios idiomas extranjeros.

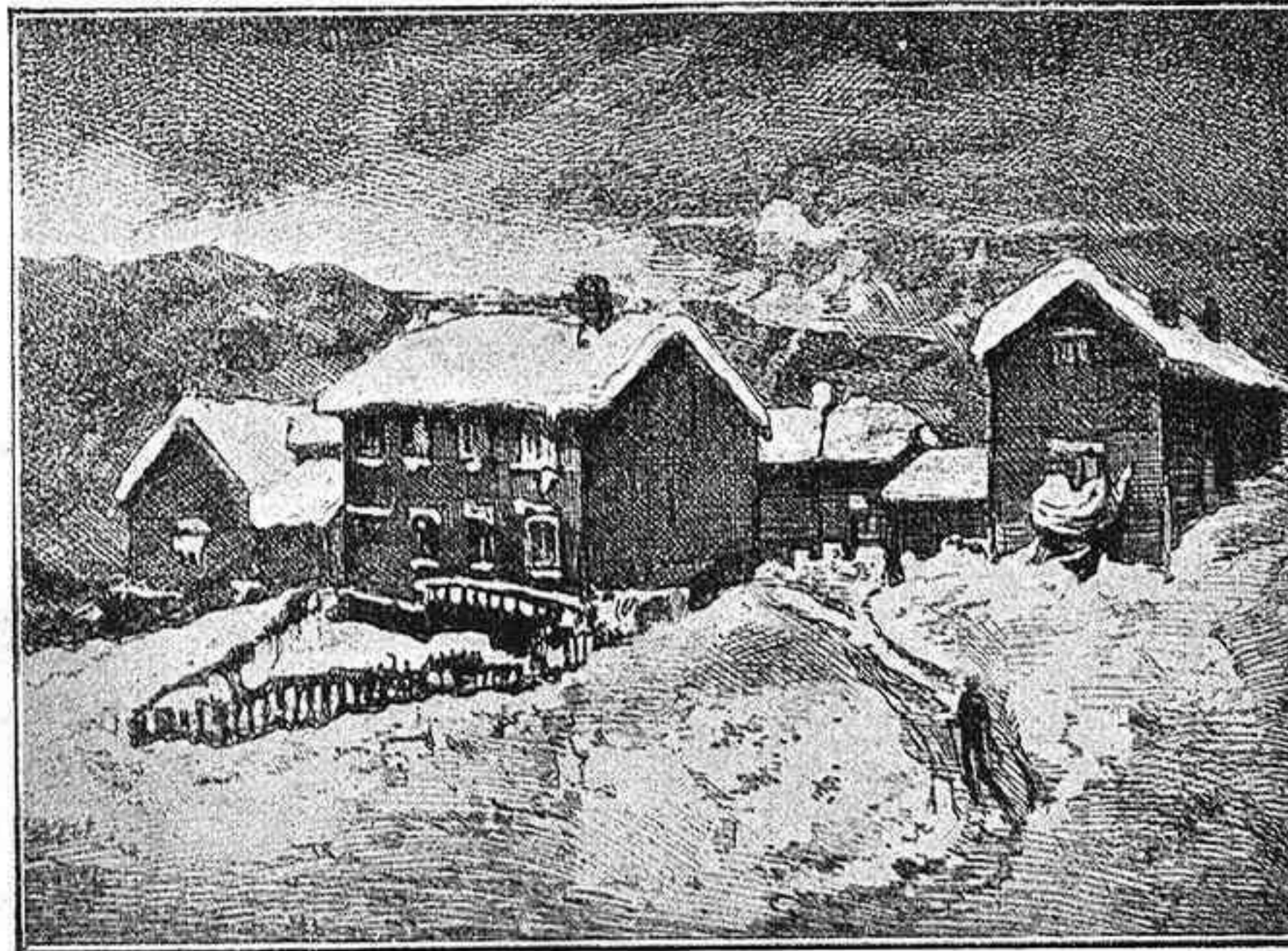
Su labor literaria es considerable: tiene escritas unas quince obras dramáticas, todas de verdadero alcance social ó filosófico, y varias novelas, cuentos y poesías; estas últimas, de maravillosa inspiración, son lo mejor de su producción literaria. Además ha sido infatigable propagandista, un luchador ardiente contra la supremacía sueca, lo que en una ocasión le valió de una parte ser desterrado por orden de la corte de Suecia, y de otra, en cambio, una pensión que en su favor votó el parlamento autónomo de Noruega.

Se ha dicho que entre Ibsen y Bjoernson había existido siempre una enemistad á la que puso término una sentida reconciliación después de la última enfermedad del autor de *Un enemigo del pueblo*, pero esto no es cierto: jamás han estado refiados estos dos hombres, gloria de la Escandinavia, y si no ha habido entre ellos mayor intimidad, débese en primer término á que ciertas excitaciones de sus respectivos partidarios y de algunos críticos extranjeros les han impuesto una actitud reservada, y en segundo á que estos dos genios del Norte son tan desemejantes física como moralmente: Bjoernson es un entusiasta optimista, Ibsen un pesimista escéptico; Bjoernson es tierno y generoso, Ibsen duro é implacable; Bjoernson es pa-

ternal, Ibsen misántropo. Sus temperamentos, sus ideas en arte y en política, todo ha contribuído á mantenerlos alejados uno de otro, pero este alejamiento no reviste en manera alguna el carácter de una antipatía personal; al contrario, ambos escritores se aprecian y se admiran mutuamente, y sus familias están hoy unidas por el matrimonio de una hija de Bjoernson con un hijo de Ibsen.

El favorito, cuadro de Max Levis.—De este cuadro bien puede decirse que lo de menos es el asunto: su principal mérito consiste en el partido que de tan insignificante tema ha sacado el pintor, en la elegancia con que ha sabido presentarlo, en la combinación hábil de los elementos de que para desarrollarlo se ha servido. Comenzando por la deliciosa figura caprichosamente vestida y tocada, y acabando por las gasas, flores, pieles y demás accesorios que en la composición entran, todo es de una delicadeza encantadora, todo está dispuesto con el mejor acierto para obtener el efecto que el autor se propuso. El cuadro de Max Levis no es de los que impresionan hondamente, pero sí de los que deleitan por la finura de ejecución, y si no revela al maestro de altos vuelos, pone en evidencia al artista cuidadoso de hacer sentir las bellezas de dibujo y de colorido.

El valle de Josafat el día del Juicio final, cuadro de José Benlliure y Gil.—Esta hermosa composición, grandiosamente concebida y con no menos grandiosidad ejecutada, es digna pareja del famoso lienzo *La visión del Colosseo* del mismo autor, que valió al ilustre artista



La casa en donde nació BJOERNSTJERNE-BJOERNSON en Kvikné

valenciano uno de sus más grandes triunfos y que, entusiastamente ensalzado por los críticos más famosos, ha sido reproducido en las principales revistas ilustradas de todo el mundo. Benlliure, en la obra que hoy publicamos en el presente número, se ha separado de los procedimientos que para el desarrollo de este tema puedan llamarse tradicionales y cuya fuente encontramos en el imponderable fresco que para la capilla Sixtina pintara el inmortal Miguel Angel: la escena por él tratada no es el acto mismo del Juicio final, sino el momento que á este acto precede, el instante supremo en que la humanidad resucitada va á comparecer ante la presencia del Eterno Padre. Imposible es analizar una por una las infinitas bellezas de este lienzo, las distintas expresiones y actitudes de las innumerables figuras, la admirable disposición armónica de todas ellas, los contrastes entre las diversas pasiones que agitan á los personajes, algunos claramente reconocibles, como Santa Teresa de Jesús, San José de Calasanz, San Agustín, San Francisco, San Gregorio, San Jerónimo, Dante y Beatriz. Mas tratándose de obras como la que nos ocupa, tal análisis es innecesario, porque su conjunto causa en el ánimo una emoción tan intensa, tan indeleble, que no acierta el que la contempla á fijarse en detalles, y sintiendo en su alma esa emoción hondísima que la vista de todo lo sublime produce, límitase á admirar sin reservas esta potente manifestación del genio de un artista.

Damas y chulas, cuadro de Ignacio Zuloaga.

—De goyescos han sido calificados los cuadros del ilustre pintor español Zuloaga, y en verdad que tal calificativo merecen esas obras llenas de vida, vibrantes de color, enérgicas de dibujo, que el pincel de nuestro celebrado compatriota produce y que hoy son admiración de los principales centros artísticos extranjeros. La firma de este pintor es de las que á más altos precios se cotizan actualmente en el mundo del arte, y este es uno de los mejores elogios que de ella puede hacerse, porque, dígame lo que se quiera de los caprichos de la moda, cuando un artista se impone en los grandes centros extranjeros, y más si se impone cultivando un género distinto, si no absolutamente contrario á las tendencias en nuestros tiempos predominantes, no es aventurado afirmar que el tal artista vale de verdad y que sus obras tienen condiciones realmente sólidas que las ponen á cubierto de las mudanzas de los gustos y de las aficiones. *Damas y chulas* es una admirable muestra de lo que su autor produce: en cada una de sus figuras hay un alma que las anima y que se refleja en el fuego de sus ojos, en la expresión de sus sonrisas, en la dulzura de sus labios, en sus gestos, en sus actitudes; en una palabra, en todos los signos que revelan sentimiento, pasión, vitalidad. Zuloaga consigue en sus lienzos producir la impresión de la realidad viviente, hasta el punto de que sus personajes parece que se mueven, que hablan, que se ríen, que nos miran; y consigue este efecto, no por medios rebuscados, sino con una sencillez que encanta, al mismo tiempo que con un vigor que sorprende y cautiva. Así han procedido en todo tiempo los grandes maestros, los que han sentido verdaderamente el arte, los que tanto como con la mano han pintado con el corazón.

MISCELÁNEA

Teatros.—La Intendencia de Teatros Reales de la corte de Munich acaba de publicar el programa de las fiestas wagnerianas que se celebrarán en el Teatro del Príncipe Regente de aquella ciudad alemana durante el próximo año de 1903. Las representaciones se verificarán por el orden siguiente: del 8 al 11 de agosto, *El anillo del Niebelungo*; el 14, *Lohengrin*; el 15, *Tristán e Isolda*; el 17, *Tannhauser*; el 18, *Los maestros cantores de Nuremberga*; el 21, *Lohengrin*; el 22, *Tristán e Isolda*; del 25 al 28, *El anillo del Niebelungo*; el 31, *Tannhauser*; el 1.º de septiembre, *Los maestros cantores de Nuremberga*; el 4, *Lohengrin*; el 5, *Tristán e Isolda*; el 7, *Tannhauser*; el 8, *Los maestros cantores de Nuremberga*, y del 11 al 14, *El anillo del Niebelungo*. Estas representaciones están divididas en cinco ciclos: el primero, del 8 al 18 de agosto; el segundo, del 17 al 28 del propio mes; el tercero, del 21 de agosto al 1.º de septiembre; el cuarto, del 25 de agosto al 5 de septiembre, y el quinto, del 4 al 14 de septiembre.

Los precios establecidos son: 100 francos para *El anillo del Niebelungo* (cuatro veladas) y 25 para cada una de las otras representaciones.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Ressurrection*, drama en cinco actos y un prólogo de Enrique Bataille, tomado de la novela del mismo título de León Tolstoi; en el Palais Royal *La Carotte*, comedia en tres actos de Jorge Berr, Pablo Dehere y Guillemaud; en el Gimnasio *Joujou*, comedia en tres actos de Enrique Bernstein, y en la Opera *Bacchus*, baile en dos actos y tres cuadros de Jorge Hartmann y J. Hansen, inspirado en un poema de Mermet, música de A. Duvernoy.

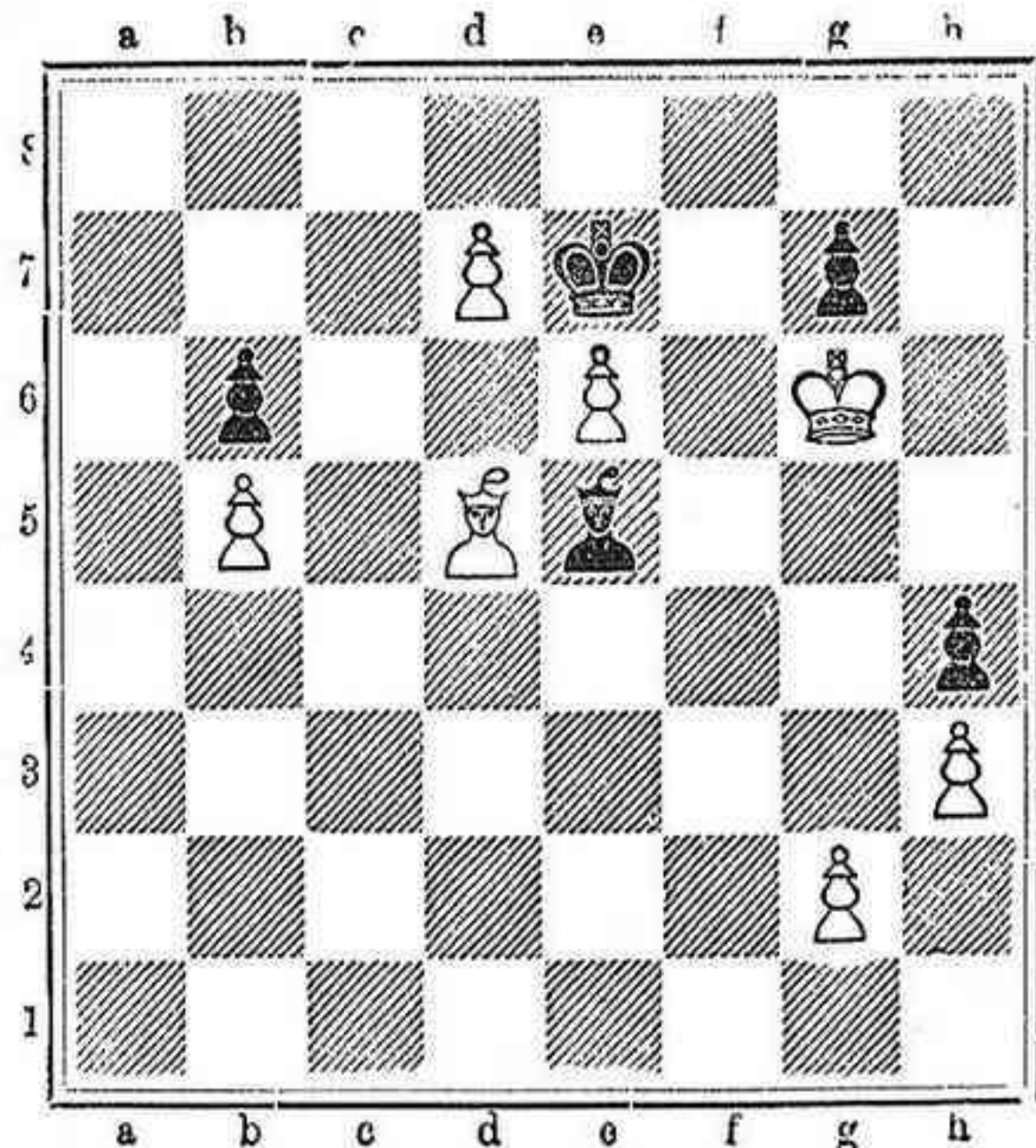
Barcelona.—En el teatro Principal se ha verificado la primera de las veladas que el Ateneo Barcelonés ha organizado con el fin en extremo laudatorio de levantar al más alto grado la educación estética del público por medio de la debida selección de las obras y de la más esmerada ejecución de las mismas, precedida de oportunas conferencias. Representáronse la preciosa comedia en tres actos de Moliere, arreglada á la escena española por Moratín, *La escuela de los maridos*, y el gracioso sainete de D. Ramón de la Cruz *Las castañeras picadas*. Antes de la representación, D. Amadeo Hurtado leyó un interesantísimo discurso sobre la «Acción social del Ateneo en el teatro,» que fué muy aplaudida. El éxito de esta primera velada ha sido bajo todos conceptos altamente satisfactorio.

En Novedades se ha reproducido el baile de espectáculo *Pietro Micca*, que ha sido puesto en escena con mucho lujo.

AJEDREZ

PROBLEMA FINAL NÚM. 305, POR H. DELIMBOURG.
Segundo premio del Concurso de «La Stratégie,» sección F.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y ganan.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 304, POR R. P. LARSEN.

- | | |
|-----------------|------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ah5—e2 | 1. Cc8 x a7 |
| 2. Db7—b4 | 2. Ca7 juega |
| 3. Ta2—c2 jaque | 3. Rc1 x c2 |
| 4. Db4—b2 jaque | 4. a3 x b2 mate. |

VARIANTES.

- 2..... d5—d4;
3. e3 x d4, Cualquiera;
4. Db4—b2 ó b1 jaque, P ó T mate.
I..... Cc8—e7; 2. Ca7—c8, C ó T juega;
3. Ta2—c2 jaque, Rc1 x c2;
4. Db4—b2 jaque, a3 x b2 mate.
I..... Cc8—b6; 2. Db7 x b6, Ta8 x a7;
3. Ta2—c2 jaque, etc.
I..... Cc8—d6; 2. c5 x d6, d5—d4;
3. e3 x d4, Ta8 x a7 ó b8;
4. Db7—b2 ó b1 jaq., etc.

PERICO DARCLAIN, POR LUDANA. - ILUSTRACIONES DE G. DUTRIAC

A la caída de una tarde de septiembre de 1894, dos señoras remontaban, confundidas con la multitud, por el trozo de la calle del Bac, que va desde el boulevard Saint-Germain á la calle de Grenelle, viniendo de la orilla derecha del Sena, y se detenían delante de una imponente puerta cochera, que á un golpe por ellas dado con el llamador, se abrió para darles paso.

Vivían aquellas damas en el entresuelo de un antiguo palacio de estilo Luis XVI convertido en casa de alquiler para tres inquilinos, cada uno de los cuales podía hacerse la ilusión de ser el único habitante de aquella mansión suntuosa, edificada entre un patio y un jardín: tan separados y espaciosos eran los tres pisos que la componían.

Esta era la impresión que al visitante producía, sobre todo el entresuelo.

Llegábase á él por una escalinata cubierta por una monumental marquesina, y disfrutaba, de más que los otros dos locales, de un magnífico jardín, al que se bajaba, por el lado opuesto al patio, por tres escalones de piedra á los que daban las cinco gigantescas puertas ventanas de la habitación.

Ocupaba aquel entresuelo la familia Darclain, compuesta de padre, madre, hija é hijo. Honorato Darclain, el padre, bretón de la baja Bretaña, había-se casado á los veintidós años, en primeras nupcias, con una prima lejana, á la que perdió dos años después á consecuencia de un parto desgraciado.

A los veintitrés años, solo con la niña cuyo nacimiento había costado la vida á su madre, marchóse de Bretaña huyendo de las ideas tristes y de los recuerdos, más tristes todavía, que le acosaban, y se instaló en París, buscando allí el olvido de sus penas.

Aumentada su fortuna con la de su hija, de la que era usufructuario hasta la mayor edad de ésta, aquel guapo mozo de veinticuatro años, de formas hercúleas y con la fisonomía natural de los azules ojos bretones, era en verdad un partido envidiable.

Aunque antes de establecerse en París apenas había salido de su Bretaña, Honorato Darclain tenía nociones intuitivas de todo.

Hombre de conocimientos y de mundo al mismo tiempo, gracias á la instrucción y á la educación excelentes que recibiera, tenía, aparte de su belleza varonil y de su aplomo, algo de esencialmente elegante; pero como hijo único de un padre y de una madre que se confiaron demasiado de institutrices y profesores, no habían sido cultivadas en él las cualidades de corazón ó de afecto; y esto, unido á que no sentía necesidad alguna de expansión y por ende de cariño recíproco, fué causa de que inconscientemente acabara por ser un perfecto egoísta.

Sin embargo, la tristeza de un hogar sin mujer y la responsabilidad de la educación de una niña le movieron á aceptar, tres años después de su instalación en París, la proposición de un enlace con una hija de familia ilustre, muy guapa y sin un céntimo de dote.

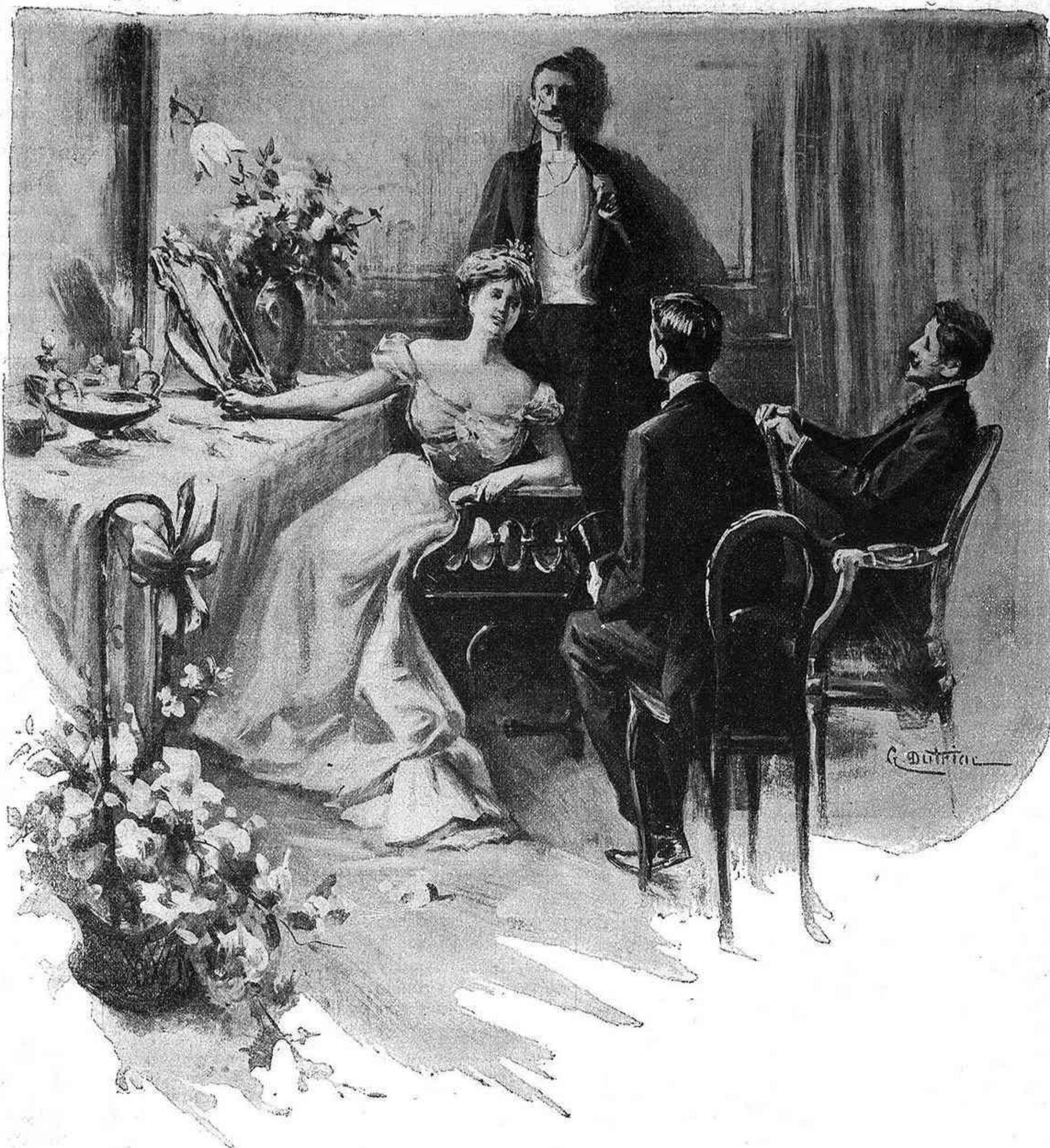
Su posición, que le permitía escoger esposa á gusto, sin preocuparse de lo que ésta, aparte de sus cualidades personales, aportara al matrimonio, hizo, pues, tomar por mujer á la señorita María Teresa de Harvincourt. Bien es verdad que lo que había visto en aquel matrimonio, además del vacío que con él llenaba en su casa, era el atractivo de las relaciones de la familia de Harvincourt, gracias á las cuales iba á entrar de rondón en los más solicitados salones de París, que era precisamente lo que le hacía falta.

Lo que hubiera podido ser un matrimonio de inclinación, tratándose de un hombre rico de veintiséis años y de una joven de diez y nueve, tan linda como de noble linaje, no fué sino un enlace de cálculo, gracias á la falta absoluta de cariño en el esposo. La gracia de las diez y nueve primaveras de María Teresa y el encanto de su ignorancia completa de la vida podían aspirar á más.

Después, merced á la costumbre, esta segunda naturaleza, el matrimonio Darclain llegó á ser lo que son todos los matrimonios de cálculo sin amor, una unión correcta, fría, en la que todos los días se parecen, sin que ninguno de ellos aporte nada nuevo con relación al anterior.

las maneras resueltas y la confianza, á las que se acostumbra á los hijos de Inglaterra desde su más tierna infancia.

Sin embargo, aunque parecía pusilánime y tímido, bajo aquella envoltura endeble y aquel porte delicado, debido á la educación dada por dos mu-



... y los retuvo á su lado hasta que el avisador fué á decirle que iba á empezar el acto

Aquella unión, sin embargo, había sido bendecida por el cielo, como se dice en estilo bíblico, con el nacimiento de un hijo que vino al mundo quince meses después de la boda.

La señora Darclain acababa de cumplir veintiún años, y aunque loca de contento por su maternidad real, siguió ocupándose con el mismo interés que antes de su hijastra Dionisia, á la que trataba como hija verdadera.

Dionisia, como sucede con muchos niños y sobre todo con las niñas cuando son inteligentes (y hay que confesar que Dionisia era de las más precoces), había comprendido, desde que tuvo noción clara de las cosas, que su madrastra, buena y cariñosa por naturaleza, lo había sido singularmente con ella porque no podía prodigar en nadie más los tesoros de su afectiva y natural bondad.

No sintió, por consiguiente, celos de los cuidados maternales que á su hermanito se prodigaban; y á medida que fué creciendo y comprendiendo mejor la misión que debía imponerse y el papel que había de desempeñar en la familia, complacióse en considerar á aquella joven madrastra como á una hermana mayor, á la educación de cuyo hijo contribuiría también ella un poco. Y en efecto, andando el tiempo, Dionisia se ocupó de la instrucción de Perico más que su misma madre.

Perico, á los diez y siete años y después de unas calenturas producidas por el crecimiento, pareciase á esos jóvenes ingleses delgados y distinguidos; pero si tenía la corrección de éstos, faltábanle, en cambio,

había una energía varonil latente y una fuerza de carácter admirable, heredadas de su padre.

Amante y respetuoso con las dos santas criaturas que sólo por él vivían, aceptaba sin discutir sus menores observaciones.

El padre, extraño á la vida de su hijo, cuando fácilmente habría podido hacerse de él un amigo, un compañero necesitado de guía, habíase mantenido voluntariamente apartado de él.

Perico, sin temerle, experimentaba en las pocas ocasiones en que estaba á su lado un malestar, una violencia muy visibles, que aumentaban tanto más aquel apartamiento.

Los muchos triunfos que su trabajo y su inteligencia le proporcionaran en el liceo, ni siquiera un premio obtenido á los diez y siete años en el concurso general, no habían movido á Honorato Darclain á manifestar la menor sorpresa ni la más pequeña muestra de satisfacción: aquel padre era siempre el padre romano, rígido, frío y omnipotente.

De modo que fuera de unas pocas relaciones de compañerismo de colegio que le habían procurado algunas invitaciones, por él aceptadas, para pasar algunas temporadas en las casas de campo de los padres de sus condiscípulos, Perico había crecido poco menos que solitario.

Sin dinero para sus gastos particulares, porque su madre no disponía de más fondos que los que constituían el limitado presupuesto doméstico, el joven, á pesar de sus deseos de emancipación, no salía apenas en las horas de libertad, por temor de verse

en un compromiso con sus compañeros, en caso de gastos imprevistos que no habría podido satisfacer.

Honorato Darclain, sin ser avaro, hablase acostumbado á no tener necesidad alguna en su juventud, que pasó entera en sus propiedades de Bretaña, y no se le ocurría que su hijo pudiera encontrarse en condiciones distintas.

Además, de un momento á otro habría que pensar en casar á Dionisia, y entonces sería preciso restituir á ésta el capital procedente de la herencia de su madre y entregarle las cuentas de la tutela, lo cual significaba una gran disminución de fortuna, y por consiguiente era menester más bien reducir que aumentar el capítulo general de gastos.

Esto aparte de que ni por soñación pensaba en tales aumentos.

Perico, pues, había vivido hasta entonces, y sin pesar, solitario, trabajando en el rincón que se había arreglado en el entresuelo de la calle del Bac.

En invierno, hablase tomado cariño á un pequeño gabinete contiguo al cuarto de Dionisia; y en verano, á la sombra de un bosquecillo, en el fondo del jardín monacal y silencioso, trabajaba preparando su futuro ingreso en Saint-Cyr.

Aquella existenciá monótona, sempiternamente repetida, hablase perpetuado sin un incidente que alteró por completo la calma de su vida de recluso.

El médico de la familia Darclain, uno de los comensales de la casa, á quien alarmaban en alto grado ciertos prodromos de neurastenia harto acentuados en Perico, ordenó que éste se distrajera.

Una noche en que uno de sus compañeros, que tenía dos butacas de orquesta para la Comedia Francesa, fué á buscarle para llevárselo consigo al teatro, cosa que antes no se habría tolerado, fué acogido con satisfacción suma, pues aquello era un medio para distraer al joven taciturno sin necesidad de gastar un céntimo.

Representábase *Demi-Monde*, y el nombre de Magdalena Tassin, que desempeñaba el papel tan complejo de baronesa d'Ange, escrito en gruesos caracteres en el cartel en que se anunciaba su reaparición, había bastado para llenar el teatro.

Un asiduo concurrente á la casa de Molière, á quien los dos amigos encontraron en los alrededores durante el entreacto, ofrecióse á hacerles franquear la famosa puerta de cristales que de la sala de espectáculos conduce al escenario y al saloncito de los artistas.

Después del cambio de traje entre el segundo y tercer actos, cambio hecho á toda prisa en el pequeño salón de la derecha que daba á la galería y que estaba destinado especialmente á este uso, Magdalena Tassin había mandado abrir las puertas del mismo, y mientras acababa de componerse el rostro delante del espejo, recibía los testimonios de admiración de los abonados, para cada uno de los cuales tenía una sonrisa y una frase amable.

El que había introducido á los dos jóvenes en el santuario del arte teatral francés, era precisamente uno de los predilectos de Magdalena Tassin, quien, por esta razón, dispensó á aquéllos una acogida encantadora cuando le fueron presentados.

Invitóles á que se sentaran, mientras el peluquero colocaba un adorno en sus admirables cabellos de un rubio florentino, y los retuvo á su lado hasta que el avisador fué á decirle que iba á empezar el acto.

Cuando, al despedirse, dió su mano á besar á Perico, la presión de aquellos dedos, imperceptible para cualquier otro que no fuera aquel muchacho dotado de sensibilidad exquisita, no habría producido en él más sensación que la satisfacción que experimentaría un hombre de mundo por haber sido presentado á una gran artista, que gustaba de hacerse simpática.

El éxito de Magdalena Tassin fué en aumento de acto en acto y acabó por ser un triunfo. Admirable en la evolución y en la complejidad de su doble papel, tan difícil de sostener, hablase parecido á Perico que en los pasajes tiernos se había dirigido hacia donde él estaba y complacíase en enviarle, cuando le miraba, la manifestación suprema de sus sentimientos de pasión amorosa, junto con el pesar de una existencia reprobada. Al regresar el joven á su casa, la cabeza le ardía; el resplandor de las luces, aquella velada deliciosa y el recibimiento que le dispensara la actriz incomparable le habían enloquecido. ¿Por qué le había mirado de aquel modo desde que penetró en el vestuario? ¿Qué significaba aque-

lla opresión de mano al despedirle? ¿Por qué, por decirlo así, sólo para él había representado de una manera tan admirable? ¿Qué clase de mujer era en su vida privada? ¿Cuál sería exactamente su edad?

¿Podía, acaso, Perico, á sus diez y ocho años y con su vida de claustro, comprender los falaces atractivos del prestigio del escenario, de las luces de las baterías, de los trajes, de los afeites?

Como nunca había tenido las ocasiones que los jóvenes de su edad encuentran en la ociosidad y sobre todo en la independencia, Perico, que apenas había salido algunas noches y siempre en compañía de amigos muy formales, ignoraba por completo los



... abrió sin ruido la puerta de comunicación y se puso á escuchar

placeres y las desilusiones que proporcionan los amores pasajeros.

Su larga soledad y una lectura sin justo criterio de los autores románticos habían hecho germinar y fortificado luego en su alma los deseos instintivos de un gran amor novelesco, al que tanto se prestaba su temperamento.

«A padre pródigo, hijo avaro,» suele decirse; pero también es verdad la inversión de los términos de este proverbio; de modo que si Honorato Darclain había sido un hombre egoísta, frío, su hijo era un sentimental, un amante.

Las semanas que siguieron á aquella salida transcurrieron en el entresuelo de la calle del Bac, con las mismas indiferencia, tranquilidad y monotonía que las precedentes.

Perico, sin nuevas distracciones, que tan necesarias le habrían sido entonces, volvíase cada día más taciturno; y á pesar de las súplicas de su madre y de Dionisia, que no se separaban de él y le colmaban de atenciones delicadas, contestaba invariablemente á las inquietas preguntas que una y otra le dirigían: «Os aseguro que no tengo nada.»

Había vuelto, sin embargo, al Teatro Francés una noche en que Magdalena representaba *L'Aventurière*, mas no se había atrevido á franquear solo la puerta de comunicación, á pesar de que, en su ilusión enfermiza, creyó que la actriz le había observado y reconocido entre los fracs de las butacas de orquesta.

Al fin, después de no pocas luchas interiores y de repetidos insomnios, hablase decidido á dirigir á Magdalena una carta, en la cual le expresaba, con toda su alma, sus ilusiones y sus deseos.

Aquella carta, firmada en caracteres muy inteligibles y encabezada con la dirección del que la escribía, no obtuvo respuesta.

Perico, desesperado, fuése á encontrar al amigo que por primera vez le llevara á la Comedia y le hizo sus dolorosas confidencias: el idealista se dirigía al hombre práctico.

«¡Pobre inocente! ¡Le has escrito una carta de amor! ¡Una carta de amor á Magdalena Tassin!», exclamó el compañero. «¡Y te admiras de que tu

madril no la haya conmovido, de que no te haya contestado inmediatamente: «¡Ven, ven, me abandonol.» como la Leonor de *La Favorita*! Envíale sencillamente con tu tarjeta un regalo de mil francos, preguntándole al mismo tiempo cuándo podrá recibirte, y ya verás si tienes pronto la contestación ansiada. ¡Ah! No le envíes sus... honorarios al teatro, porque es una mujer que se paga de la forma. Vive en la calle de l'Echelle, número 42.»

«¡Dinero á cambio de amor! Y además, ¿dónde buscar, dónde encontrar los mil francos? Apenas si en su casa le daban para sus gastos cuarenta al mes.»

«¿Dirigirse á su madre? Harto sabía que de nada había de servirle recurrir á la cariñosa mujer que, en su obligada sencillez, llevaba el mismo traje de lana negra durante todo el invierno y su eterno vestido de alpaca en verano, y que no disponía de fondos para gastos superfluos.»

Dionisia, que aunque mayor de edad, seguía viviendo bajo tutela, no podía todavía disponer de su fortuna. Por consiguiente, la única persona que podía facilitarle aquella cantidad era su padre.

Pues bien: á él se dirigiría, costara lo que costase y sucediera lo que sucediese, porque prolongar su martirio, perpetuar sin resultado alguno su obsesante deseo, era lo suficiente para volverse loco.

A la mañana siguiente, apenas tomado el desayuno y después de otra noche de insomnio, pálido, con las mejillas hundidas, le dijo á su padre, cuando éste se levantaba de la mesa:

«Quisiera hablar con usted. ¿Quiere usted escucharme unos instantes?»

Era aquella una cosa tan anormal en Perico, que su madre y Dionisia, adivinando que algo extraordinario le pasaba, miráronse angustiadas; y mientras los dos hombres atravesaban la galería para dirigirse al gabinete de trabajo del joven, contiguo al cuarto de su hermana, y mientras la señora Darclain se iba á misa, Dionisia entró directamente en su habitación, y dejando caer la cortina que separaba las dos piezas, abrió sin ruido la puerta de comunicación y se puso á escuchar.

Perico, con voz al principio temblorosa, pero que poco á poco fué asegurándose, describía la situación con toda la franqueza y toda la rectitud propias de su carácter; además comunicaba á su padre, que desgraciadamente no podía comprenderlas por no haberlas sentido jamás, sus angustias, sus desesperaciones y todos los tormentos experimentados.

En una palabra, pedía, aunque en lo porvenir no hubieran de darle un céntimo, los mil francos gracias á los cuales conocería esa esfinge que se llama la mujer de teatro y que era lo único que podía poner término á su tormento.

El único consuelo que de Honorato Darclain recibió fué un «¡Nunca!» seco, contundente en su odiosa sencillez.

«Oígame aún un momento, repuso Pedro deteniéndose á su padre que se disponía á salir, y acuértese bien de lo que voy á decirle. No tome usted mis palabras como una amenaza para lograr mi propósito, pues harto sé el respeto que le debo y que me debo á mí mismo para apelar á un subterfugio de este género; pero el amor que le he descrito está de tal suerte arraigado en mi alma, me hace tan desgraciado, que si dentro de dos días no he visto á Magdalena Tassin por culpa de esos mil francos miserables, que hoy me niega usted, le aseguro que me mataré, tan cierto como que soy su hijo. Y ya sabe usted que ni pecho de fanfarrón ni he mentado jamás.»

«Haz lo que te plazca; eres un loco, y así habrá un loco menos en el mundo.»

Después de esta respuesta, Dionisia oyó que se abría la puerta frontera á la en que ella estaba, cerrándose luego con estrépito detrás de Honorato Darclain.

La joven reflexionó un momento, y sacando de su escritorio un cofrecillo que contenía las joyas de su madre, cogió un collar de magníficas perlas, cerró de nuevo el cofrecillo, lo volvió á su sitio, y poniéndose un sombrero y un abrigo, salió de su casa, acompañada de una camarera. Ya en la calle, tomó un coche y se hizo llevar al Teatro Francés.

En la Comedia está terminantemente prohibido dar á los importunos ó á los curiosos las señas de los domicilios particulares de los artistas; pero ante la extremada insistencia de la joven, el portero, creyendo que se trataba de una discípula, rompió la consigna é indicó á Dionisia el número 42 de la calle de l'Echelle.

Eran cerca de las diez cuando la joven llegó a casa de Magdalena Tassín. ¡Cómo le latía el corazón!

Hiciéronla entrar en una sala, mientras la camarera se quedaba en el recibimiento.

— La señora no está todavía vestida, dijo el ayuda de cámara. ¿A quién debo anunciar?

— Haga el favor de decir á la señora [Tassín que la señorita Dionisia Darclain desearía hablar con ella unos instantes; se trata de un asunto urgente y de suma importancia.

Cuando se quedó sola, púsose á examinar con curiosidad la estancia en que se encontraba. Nada en ella revelaba á la mujer de teatro.

Una sencillez del mejor gusto, pocos tapices ningún tono chillón, un mueblaje obscuro con telas de Beauvais, algunos cuadros de grandes maestros y chucherías de gran precio.

Al cabo de un momento, abrióse la puerta y entró Magdalena Tassín envuelta en una bata.

— ¿La señorita Dionisia Darclain?

— Sí, señora.

— ¿Es usted la hermana de Perico Darclain?

— Sí, señora, y precisamente vengo á hablarle de mi hermano.

— ¿De qué se trata? Tenga usted la seguridad de que si en algo puedo complacer á su hermano, lo mismo que á usted, tendré en ello verdadero gusto.

La acogida era tan sencilla, el tono de la voz tan benévolo y la mirada tan honrada, que Dionisia no sabía por dónde empezar ni cómo abordar la cuestión.

— Lo que tengo que decir á usted, señora, sería difícil de expresar aun para quien no fuese, como soy yo, una joven soltera; y ahora que la he visto, á pesar del valor y de la resolución que al venir me animaban, no sé cómo manifestarle lo que tengo que decirle.

— Por Dios, tranquilícese usted, señorita, y nada tema. Todo lo que he escuchado desde los comienzos de mi carrera, todo lo que he tenido que leer, entre otras cosas una carta de su hermano de usted, los papeles que he debido vivir para representarlos bien, todo esto me ha acorazado contra cualquiera sorpresa, y no es ciertamente de una joven de quien puedo temer un asombro... penoso.

— ¡Ah, señora! La situación en que me encuentro y que me ha obligado á venir á ver á usted es de tal naturaleza, que ha sido preciso que se tratara de una cuestión de vida ó muerte para que hoy nos veamos frente á frente. Ese joven que le fué presentado á usted en la Comedia, que le escribió á usted, está totalmente transformado desde el día en que la conoció. Es el primer amor de un hombre niño á quien yo he educado tanto ó más que su propia madre. Todo es noble, generoso y sincero en aquel temperamento vibrante, violento. Ignorante del amor hasta hace poco, la ama á usted, y ama por primera vez, con todo el ardor y todo el ímpetu de sus diez y ocho años. Ha jurado matarse si usted no le corresponde, y he venido á ver á usted para pedirle ¡oh! nada más que una palabra de esperanza para ese pobre loco de amor. Y á cambio de esta palabra que me he permitido venir á solicitar de usted, le ruego que acepte esas perlas que heredé de mi madre.

Magdalena Tassín miró un instante á la joven que acababa de poner el collar sobre la mesa, y luego, sentándose delante de un pequeño escritorio, trazó febrilmente algunas líneas en un pliego de papel con sus iniciales, metió el billete en un sobre en el que puso la dirección de Perico, y sin decir una palabra, lo entregó á Dionisia, la cual se despidió llevándose consigo aquel tesoro destinado á su hermano.

La joven entregó inmediatamente la carta á un mandadero, á fin de que llegase cuanto antes á su destino, y regresó á su casa, acompañada de su camarera, como si volviese de su paseo ordinario.

En el almuerzo, Perico estaba transformado; no parecía el mismo de la mañana. Había recibido la carta de Magdalena Tassín, que decía simplemente: «Venga á verme mañana á las dos,» y respiraba alegría por todos sus poros. Así es que cuando su madre y sobre todo Honorato Darclain esperaban encontrarle silencioso y taciturno, se quedaron estupefactos al ver que se sentaba á la mesa contento y satisfecho, diciendo:

— ¡Qué día tan hermoso! Tengo un hambre canina.

Sólo Dionisia bajaba los ojos, temerosa de que descubrieran la alegría de que se sentía poseída.

Honorato Darclain no decía una palabra y no volvía de su asombro, después de la escena de la mañana, viendo la locuacidad insólita del muchacho;

tanto que hasta llegó á creer que tenía perturbadas las facultades mentales.

Sí, Perico estaba en realidad algo loco en aquel momento, pero loco de alegría, y terminado el almuerzo se dispuso á salir: alargó la mano á su padre, como si nada hubiera pasado entre ellos, depositó un beso en la frente de su madre, é inconsciente del admirable sacrificio de su hermana, cogió la cabeza de Dionisia, apoyóla sobre su hombro y la besó en el cuello como cuando era niño, diciendo: «Te adoro, toma.» Y se fué corriendo.

Una vez solo en la calle, anduvo sin darse cuenta del camino recorrido, persiguiendo su quimera, y



Pues bien: contemple usted á esta mujer á quien adora

llegando al parque de Montsouris, sentóse en un banco, y en aquel rincón solitario, lejos de toda mirada, volvió á leer las pocas líneas trazadas por Magdalena Tassín, sin poder apartar sus ojos de aquel pedazo de papel redentor.

Luego, dejándose llevar de su fantasía, formaba mil proyectos, figurándose de antemano su existencia futura al lado de la mujer adorada.

Se veía haciendo aprender á Magdalena y recitar delante de él los papeles que había de representar; gozábale en sus triunfos, á los cuales se asociaba, y combinaba su vida con la de ella, como hubiera podido hacerlo un novio pensando en la joven pura que ha de ser su esposa.

Cuando regresó á la calle del Bac anocheecía.

Como Perico había recobrado su tranquilidad, la comida volvió á parecerse á las comidas silenciosas de todos los días. El joven no pegó los ojos en toda la noche, y en cuanto amaneció, comenzó á arreglarse con el mismo cuidado que en ello habría puesto un hombre de cincuenta años para hacerse más agradable.

Inmediatamente después de almorzar dirigióse á la calle de l'Echelle, adonde llegó á la una y media, y allí se estuvo paseando por la acera, pues quería llegar á la cita á la hora exacta que le había sido indicada.

Sólo aquellos de nosotros que pueden retroceder, en alas de sus recuerdos, á la época de su vida en que ha estado á punto de realizarse un sueño de amor, serán capaces de comprender el estado de ánimo en que se encontró Perico en el momento en que Magdalena Tassín abrió la puerta del salón para hacerle entrar en su dormitorio.

Latíanle las sienas y apenas podía respirar.

El dormitorio de Magdalena era de una sencillez extremada, como el salón á cuyo lado se abría, pero más íntimo, más personal. Todo en él era blanco, del más puro estilo Luis XV.

Una gran cama sin cortinas en el centro, un sofá, algunas pequeñas sillas muy ligeras, el retrato de la actriz, de pie, en el fondo de la estancia, y junto á la ventana una mesa escritorio sobre la cual estaban esparcidos los últimos libros publicados con sendas

dedicatorias, varias comedias, un manuscrito abierto delante de un pupitre y un candelero componían el mueblaje y los adornos de aquella habitación. No se notaba allí amaneramiento ni afeminamiento alguno; no había gasas, ni encajes, ni lazos; y sin embargo, todo respiraba una atmósfera femenina, familiar.

La claridad, tamizada por dobles cortinajes, y el silencio que reina en la calle de l'Echelle, aunque céntrica, de poco tránsito, producían una impresión de quietud, al mismo tiempo que se desprendía de aquel interior el encanto sutil que indicaba la presencia de una artista de gusto.

Magdalena Tassín llevaba un vestido de tafetán negro con volantes, como los que se usaban en tiempo de la reina María Amelia; no era, pues, un traje de joven ni de vieja, sino simplemente elegante, que le sentaba admirablemente.

Sentóse la actriz en la butaca que delante de su escritorio había, de espaldas á la ventana, y señalando una silla al joven, le dijo:

— Tenga usted la bondad de sentarse, porque hemos de hablar largamente.

Su voz era temblorosa, aunque Magdalena trataba de disimularlo.

Perico, delante de ella, en plena luz, con la belleza que le comunicaban su juventud y la alegría de que se sentía dominado, vestido sencillamente, sin la afectación de que suelen adolecer los jóvenes de su edad, podía, con la dulzura de su mirada y con su actitud reservada y distinguida, agradar á una mujer, por exigente que fuera.

— La carta que me ha escrito usted, comenzó diciendo Magdalena Tassín, me ha impresionado vivamente, y le ruego me perdone por no haberla contestado antes; pero en nuestra existencia de artistas, tenemos tan múltiples ocupaciones, que para poder recibir hoy á usted me ha sido preciso hacer aplazar, casi á última hora, un ensayo general.

— Estoy verdaderamente confuso, balbuceó Perico.

— ¿Conque me ama usted?, preguntó Magdalena.

— Más que á nadie en el mundo.

— Más que á su propia vida, ya lo sé. ¡Y su entusiasmo nace de haberme visto una noche en el teatro, con la cara transformada por el blanquete y los afeites, teniendo por cómplice el prestigio de la escena y de un hermoso papel que se representa por sí solo, sin que la artista haya de esforzarse por sacar partido de él! Pero: ¿no ha pensado usted por un momento lo que yo podía ser sin aquellos afeites, sin mis cabellos postizos, y cuál podía ser mi edad? ¿Verdad que no ha pensado usted en ello? Pues bien: contemple usted á esta mujer á quien adora y por la cual ha querido usted suicidarse.

Y levantándose espontáneamente, descorrió las cortinas y se quitó la peluca de un magnífico rubio florentino para mostrar sus cabellos grises y un rostro al que, para aquella ocasión, había conservado toda la realidad de un cutis femenino ya en el ocaso y ajado y arrugado por los afeites.

— ¡Mi edad! Podría ser su madre de usted, pobre joven; tengo cuarenta y seis años cumplidos. Y la prueba de que podría ser su madre está en que tengo un hijo mayor que usted, un hijo que constituye toda mi gloria y mi verdadera esperanza y á quien he educado como á un hijo de príncipe, un hijo que actualmente estudia en Saint-Cyr y que antes de poco será un apuesto oficial. Y ahora, dígame usted, ¿es posible todavía ese amor?

Perico bajó los ojos mientras dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas: parecía que todo se derrumbaba en torno suyo.

— Su amor de usted, sin embargo, añadió Magdalena con acento dulcísimo, habrá producido en mí un alborozo, una resurrección que no puede usted imaginar. A fuerza de ver á las gentes, de estudiar la diversidad de sus sentimientos, á cual menos edificante, de reproducir estos sentimientos representando mis papeles con sinceridad, habíase enseñoreado de mi cerebro y de mi corazón la duda, la horrible duda que sólo me hacía ver muecas á mí alrededor. ¡Oh, cuán terrible es no creer en nada! Pues bien: gracias á la extremada franqueza del carácter de usted y de su adorable hermana, me he reconciliado con la humanidad, he cobrado apego á la vida. Este collar de perlas que su hermana de usted me trajo ayer á cambio de algunas palabras de esperanza que aguardaba usted para vivir, se lo devolverá usted de mi parte, suplicándole que lo lleve siempre como recuerdo del bien que me ha he-

cho. Le he añadido una joya sin valor, pero que para mí lo tenía muy grande. Mire usted, es una cajita vacía que un antiguo amigo, sabio viajero, me trajo de la India, y que contenía un veneno de los más activos. La había conservado intacta para utilizar su contenido el día en que me sintiera completamente desesperada. Hoy, se lo repito á usted, la vieja actriz puede creer todavía, y ustedes dos son los que la han salvado. Entre hombres honrados no constituye un desdoro el tratarse, cualesquiera que sean los medios en que hayan nacido; cuando mi hijo venga á París, le diré que vaya á ver á usted, y si usted le dispensa el honor de ser su amigo y de venir de cuando en cuando á casa de su madre, los dos me proporcionarán una alegría inmensa.

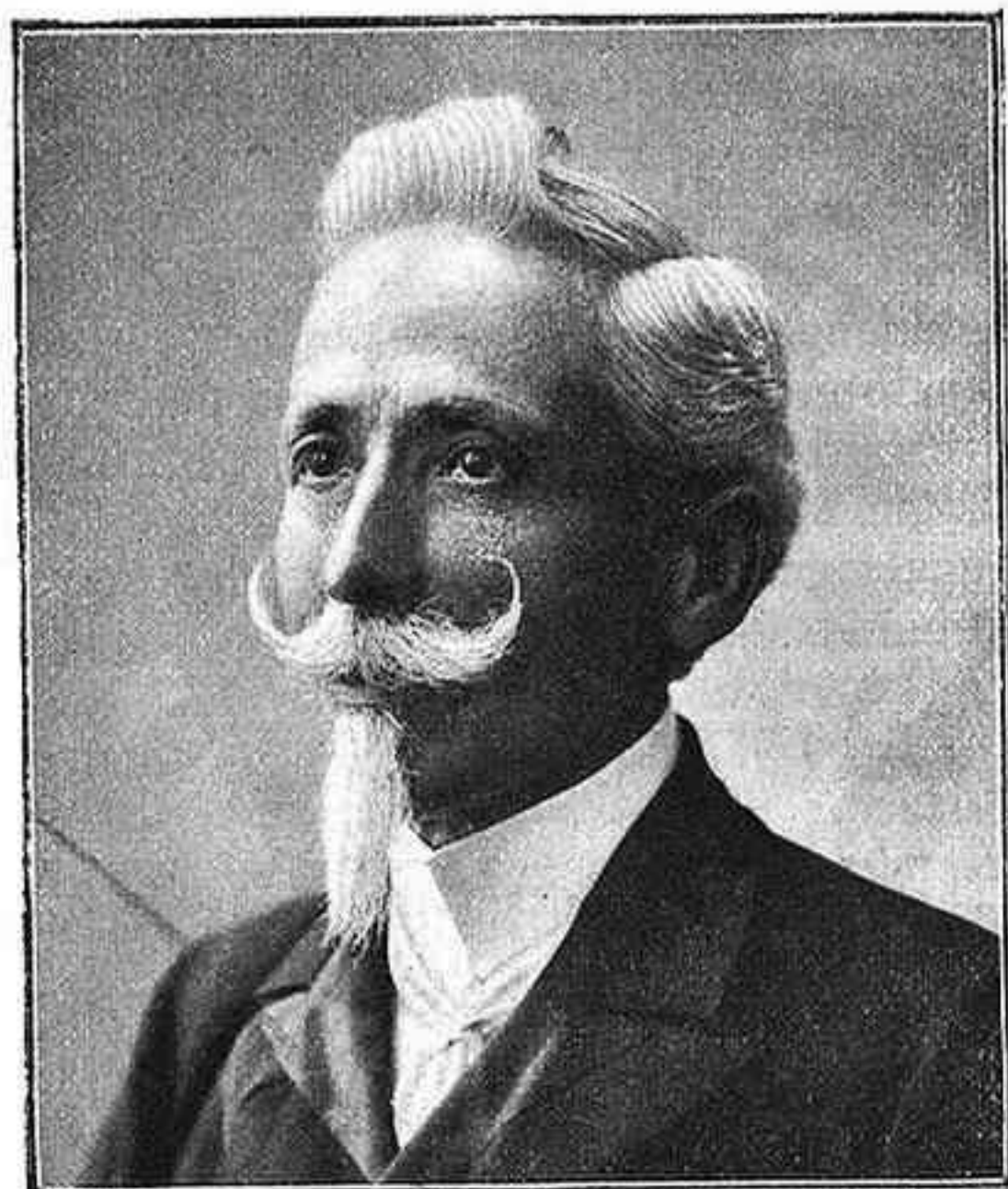
Dionisia no se ha vuelto á quitar el collar de perlas en el que está prendida la cajita vacía, y Perico Darclain es teniente del escuadrón de coraceros, cuyo capitán es su amigo Gilberto Tassin.

REPÚBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES

PALACIO ÁRABE. CASA DE BAÑOS

DE LOS DOCTORES CARRERA, LEIGUARDA Y CARRASCO

Buenos Aires, á pesar de su grandiosidad, extensión y abundancia de capitalistas, no posee monu-



D. ANTONIO MENÉNDEZ, arquitecto del Palacio Árabe
(de fotografía de Witcomb)

mentalidad arquitectónica ni en edificios públicos ni en privados. De seguro que en toda la capital argentina no hallaríamos, buscándolos bien, docena y media de edificios que obedezcan á un orden completo de arquitectura, que á solidez y elegancia una el buen gusto y la pureza artística de líneas y adornos que nos recuerde una época histórica, una civilización pasada, un pueblo inteligente y educador. No quiere afirmar lo dicho que Buenos Aires carezca de vistosos edificios, de casas ricas, de habitaciones suntuosas, no; las hay en abundancia y en ellas se ha gastado el dinero á manos llenas, pero sin orden ni concierto.

La capital argentina posee numerosos edificios grandes, pero escasas viviendas artísticas. Todo se reduce á estilos de orden compuesto, mezcolanza de sistemas fáciles de construcción, en los que brilla por su ausencia el *quid divinum* de la inspiración y del genio; líneas y arcos, relieves y decorados propios para almacenes, pero no para residencia de los mimados de la fortuna; edificios adocenados y vulgares hasta la exageración, huérfanos por completo de dignidad y nobleza del correcto estilo.

La causa de tan desastroso efecto no es otra que el haberse desarrollado la riqueza del país en plazo relativamente corto y con exagerada rapidez. La arquitectura y decoración, estatuaria y pintura son ramas que necesitan cultura y estudio de los pueblos para saberles dar el valor preciso, y así formar y pulir el buen gusto, cosa que ya empieza á suceder afortunadamente, abriendo mercado artístico los hijos y nietos que forman la aristocracia del dinero, cuyos blasones son la humildad, la entereza, el trabajo, la oportunidad y la suerte.

La excesiva liberalidad en el ejercicio de profesiones contribuyó, años atrás, á profundizar el mal. Los inmigrantes que en cualquiera de las naciones de Europa eran simples albañiles, al llegar á estas playas se hicieron maestros constructores, arquitectos, cuando no se dieron el pomposo título de ingenieros. Por suerte, se ha restringido algo tal abuso. Hoy es necesario que los planos de un edificio, á

su presentación en la oficina de Obras Públicas de la municipalidad, vayan firmados por un ingeniero diplomado. No importa que éste lo sea de canales y caminos, de minas ó mecánico, con tal que tenga diploma de ingeniero; lo que resulta otra aberración en sentido contrario á la primera, amén de hallarse con facilidad quien echa una firma en un plano de edificación, si en ello hay provecho.

Aquí el arquitecto, el verdadero arquitecto, apenas es conocido.

He ahí por qué Buenos Aires, á pesar de sus edificios grandes y sus muchos capitalistas, se halla poco menos que indigente en arquitectura.

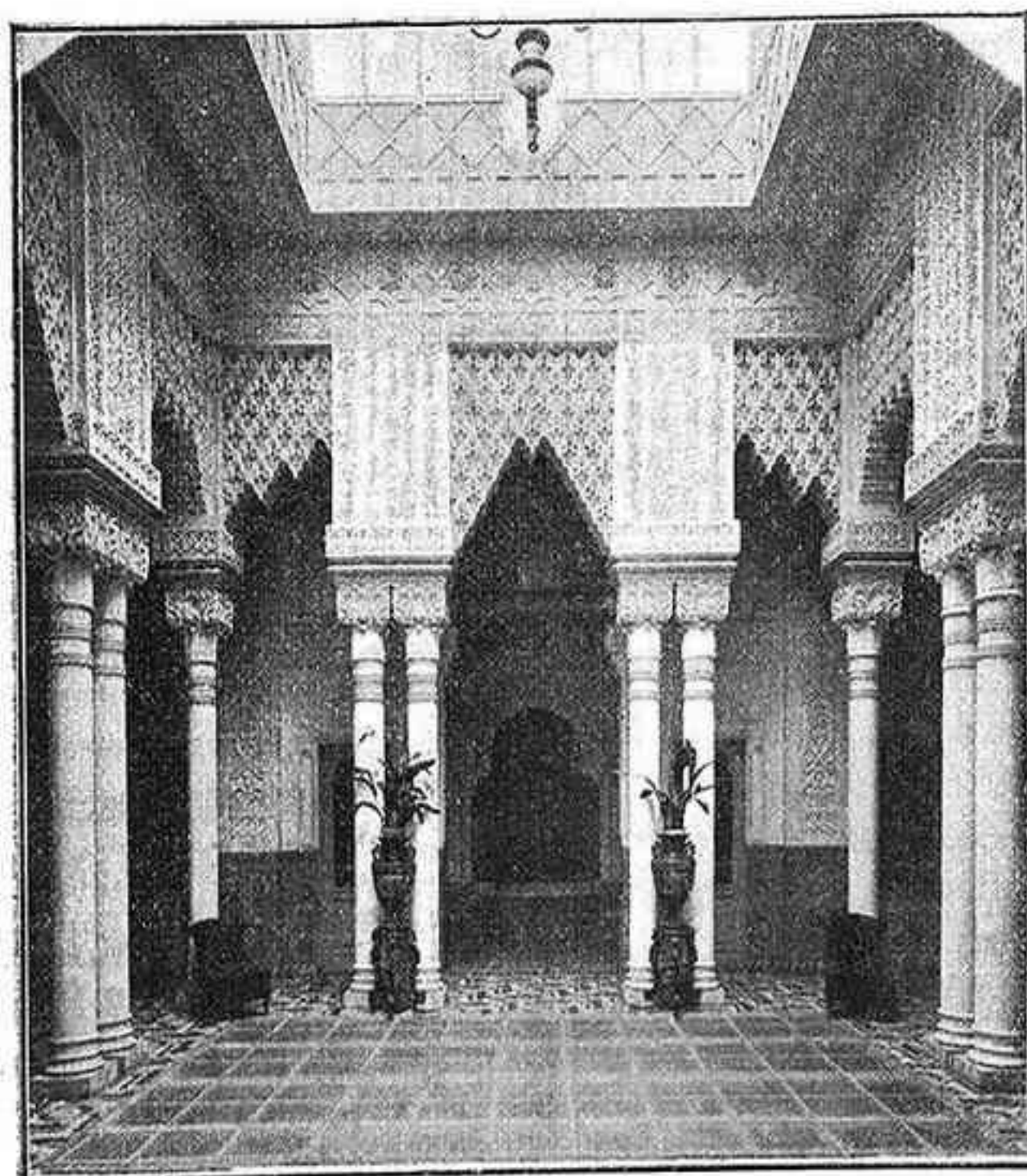
Cierto que la reacción empieza á efectuarse rompiendo moldes vulgares, no tan en absoluto como de desear fuera, pero el buen camino ya queda señalado por algunos pocos hombres de gusto y de fortuna y por algún arquitecto de conciencia.

Cuando se ve y se contempla una obra de purísimo estilo en que el arte resplandece con todas sus galas, como sucede con la concebida y ejecutada por el arquitecto español D. Antonio Menéndez, se siente en el alma suave emoción de alegre bienestar; la vista se posa complacida acariciando el conjunto estético, como fatigado caminante que á través de árido desierto se encuentra con ignorado oasis, en el que, con el placentero descanso, aspira suave aire, fresco y puro, en día bochornoso y pesado.

Lo más interesante de esta obra es que, excepto los mosaicos, importación valenciana del celebrado Nolla, todo lo demás ha sido hecho dentro del propio edificio. Allí, á medida que fué creciendo la construcción, se instalaron los talleres de escultura, de vaciado en yeso, de modelos, de dibujo, etcétera, siempre bajo la directa inspección y vigilancia del mentado arquitecto, que tras largos años de ansiedad artística logró, al fin, revelar sus preclaras condiciones de concepción, su talento y su amor respetuoso y ferviente por el verdadero arte de la arquitectura, gracias á la esplendidez y buen gusto de los doctores en medicina Sres. Carrera, Leiguarda y Carrasco, verdaderos hombres de ciencia y de fortuna, que no titubearon en asociarse y gastar más de medio millón de pesos moneda nacional, con tal de poseer una casa modelo bajo todos aspectos, palacio por dentro y fuera, obra grandiosa sin tener inusitadas proporciones, conjunto admirablemente armónico, pensando quizá en aquello de que el interior artístico de las casas educa al que la habita y al que la visita, y la fachada hace lo propio con el transeunte que la admira al paso.

El edificio está situado en la calle Suipacha, entre las de Rivadavia y Bartolomé Mitre — antes Piedad.

La fachada, como el interior, es árabe puro, con reminiscencias mudéjares. El pórtico, el grandioso arco, los ajimeces, las ménsulas, el balcón central, las ventanas ó aberturas laterales, las impostas avanzando sobre el dintel, las leyendas en signos arábigos, los azulejos, forman admirable conjunto de grandiosa majestad no exenta de alegría, gracia y soltura. El peristilo y portada con su doble arco re-

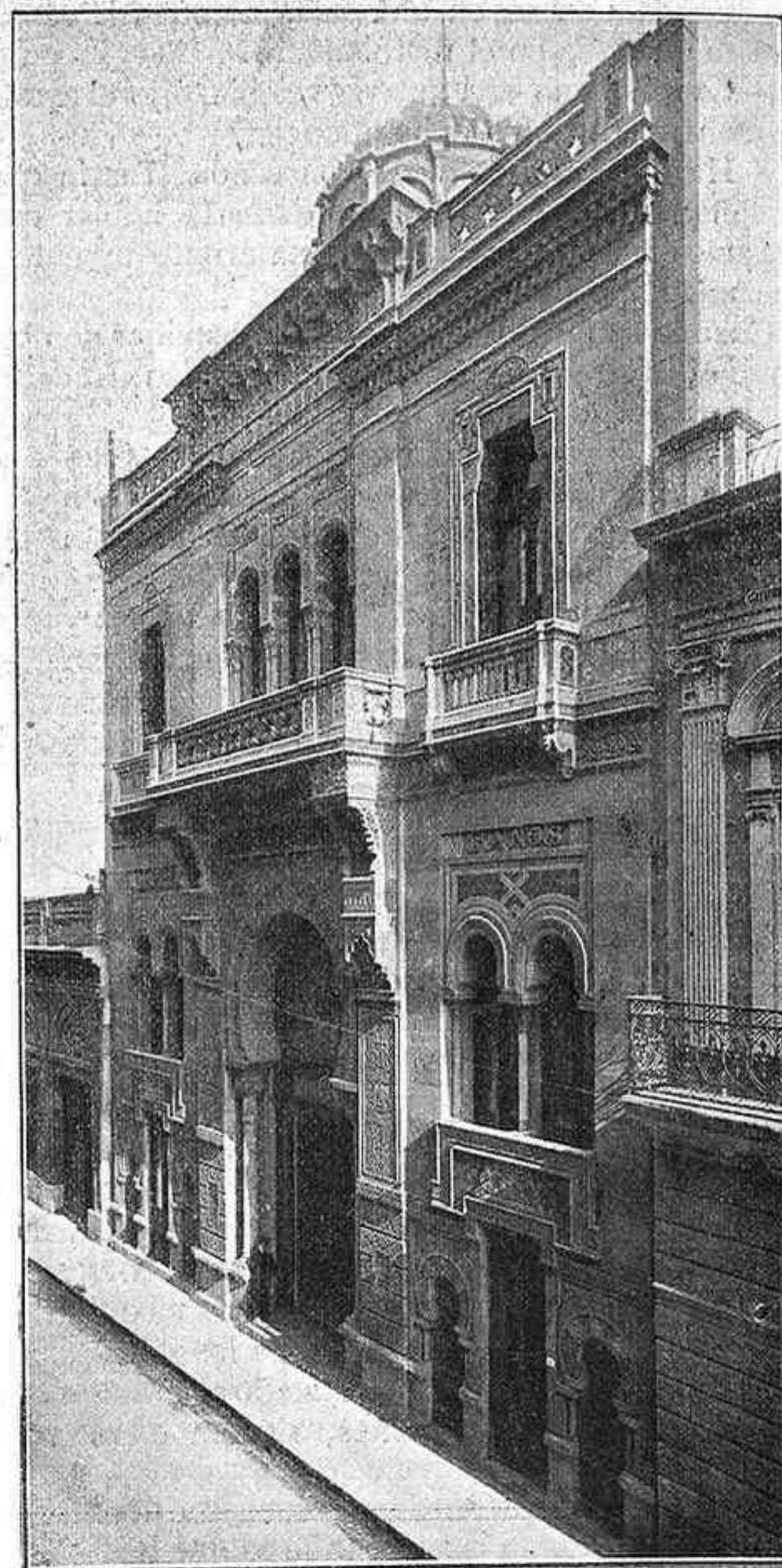


PALACIO ÁRABE. — CASA DE BAÑOS
Vestíbulo del primer piso

cuerdan la soberbia hermosura de la mezquita cordobesa. Los antepechos son un primor de elegancia, lo mismo que el decorado de paños, paredes y cielos rasos con sus artesonados y molduras.

Notabilísima es la escalinata, cuyo pasamanos remata graciosamente en heráldica flor de lis.

De toda la obra lo más genial, amén de la fachada, es el espacio que media entre el peristilo y el



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — Fachada del Palacio Árabe, casa de baños de los Doctores Carrera, Leiguarda y Carrasco, construido bajo la dirección del arquitecto español D. Antonio Menéndez (de fotografía de H. G. Olds).

vestíbulo: Allí el artista desplegó toda la poética riqueza de su fantasía dentro de la pureza del arte árabe, fantasía que luego fué distribuyendo por todo el interior.

Otra escalinata de doble rama, primorosamente esculpida, lleva al entresuelo; una arcada graciosa da paso al interior, que detallaremos á la ligera.

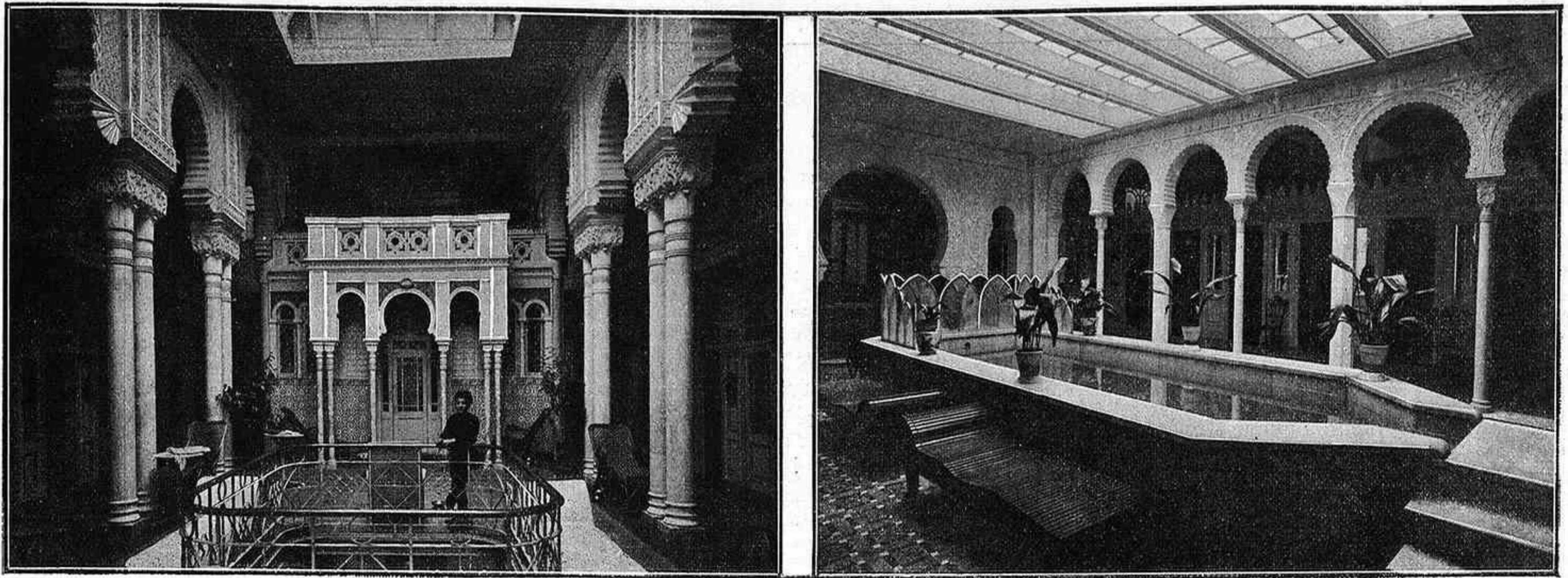
En el primer patio hay una cascada que cae en la pileta de natación que está en el piso inferior; allí se encuentra el departamento de bañeras rodeado de elegantes gabinetes. El segundo patio está limitado por dos templetes sostenidos por ligerísimas columnas; uno es el departamento de duchas y el



PALACIO ÁRABE. — CASA DE BAÑOS
Una sala de baño turco-romano

otro de baños turco-romanos. Las cámaras del último son un primor de decorado: colores vivos: azul lapislázuli, rojo encendido y oro ardiente. Las cúpulas, como cielo de noche tachonado de brillantes astros.

Posee además una espléndida peluquería, un gran



PALACIO ARABE. - CASA DE BAÑOS. - SALÓN CONTIGUO AL DE LAS DUCHAS. - PISCINA DE NATACIÓN PARA SEÑORAS

salón de consultas y operaciones con un verdadero arsenal quirúrgico, y otro departamento con múltiples aparatos, la última palabra de la ciencia, para el tratamiento de ciertas enfermedades por medio de la electricidad.

En la planta baja está situado el departamento especial de señoras, con su pileta de natación, bañeras, duchas, baño turco-rumano, perfumados, medicinales, etc., salones de descanso, de *toilettes*, siendo un modelo en decoración, elegancia y confort.

La complicada maquinaria ocupa los sótanos. En los altos ó piso superior está instalado el *sanatorium*, con espléndidas habitaciones, siguiendo estricta-

mente en todo el mismo arte idéntico buen gusto, incluso en los uniformes del numeroso personal subalterno.

D. Antonio Menéndez no descuidó el menor detalle. De la base á la monumental cúpula que corona tan soberbio edificio, cuidó con igual esmero todos cuantos elementos de él forman parte. Hizo como hubiera hecho uno de aquellos legendarios arquitectos árabes, de tan fogosa como soñadora imaginación, que construyeron, como divinos artifices, Alhambras y mezquitas y palacios y torres y Giraldas, monumentos en los cuales, á pesar de los años, de las tempestades políticas y guerreras y de contra-

rias civilizaciones, se respira aún toda la poesía del arte musulmán.

Bien haya el Sr. Menéndez, que cual otro Aladino ha hecho surgir como por arte de encantamiento, maravilla única por su arquitectura y belleza, á orillas del caudaloso Plata. Y bien hayan sus dueños por haberla destinado á hidroterapia; porque así las gentes, por un mismo precio, tomarán dos baños á la vez: uno de higiene y otro de buen gusto; uno para limpieza del cuerpo y otro para recreo del alma; uno de agua perfumada y otro de arte sublime.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, noviembre de 1902.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICIÓN
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET-HONOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, REÍARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD
 CARNE-QUINA
 MEDICAMENTO - ALIMENTO
 El más poderoso REGENERADOR
 Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles ó Influenza, etc.
 102, Rue Richelieu, PARIS
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Francia 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ie} B^{te} St-Denis

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Damas y chulas, cuadro de Ignacio Zuloaga
reproducido con autorización de la casa Manzi, Joyant y C.^ª, de París

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU

El mejor y más económico
Ferruginoso.

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN